



MERCEDES CASTILLO

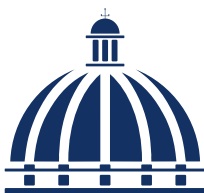
SERIE BIOGRAFÍAS

MEDALLA AL MÉRITO DE
LA MUJER DOMINICANA 2022



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

Mercedes Castillo

EL TRIUNFO
DE LA PERSISTENCIA

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA
AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA
2022

Mercedes Castillo

EL TRIUNFO
DE LA PERSISTENCIA

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA
AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA
2022

Santo Domingo, República Dominicana

Ministerio de la Mujer
Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana

Biografía Mercedes Castillo Sandoval
Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana 2022
Categoría: Periodismo

Autora: Margarita Cordero
Corrección de estilo: Aimara Vera
Cuidado de la edición: Carolina Acuña
Diseño y Diagramación: Importadora Codepro, SRL
Impresión: Importadora Codepro, SRL

ISBN: 978-9945-9342-8-1

© Ministerio de la Mujer, 2023
Av. México, esq. 30 de Marzo, Bloque D, segundo piso
Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono: 809-685-3755
Email: info@mujer.gob.do
Sitio web: www.mujer.gob.do

—Volviendo a escuchar la grabación que hicimos ayer, me pregunto si realmente quieres que todo lo que confieras se publique.

— ¿Por qué no he de quererlo? Es mi verdad.

Agradecimiento

A mi hijo Odalis Santiago Taveras Castillo, a quien amo profundamente y de quien me siento muy orgullosa. Es mi mejor regalo. Gracias, hijo, por hacerme feliz.

A mis padres biológicos, Modesto Castillo y Narcisa Sandoval, fallecidos, por darme la vida y la mano para avanzar.

A mis padres de crianza, Estilista García (doña Tila) y Eugenio Castillo (Papito) por su significativo apoyo moral y material para llegar hasta aquí.

A Santiago Taveras Jerez por darme a Odalis y por su solidaridad.

Al Ministerio de la Mujer en la persona de la ministra Mayra Jiménez, al jurado de la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana y al presidente Luis Abinader Corona por el decidido apoyo que brinda al progreso de las mujeres.

A la dirigencia nacional, provincial y del exterior del Colegio Dominicano de Periodistas (CDP) y a la militancia gremial que me ofreció siempre su desinteresado apoyo.

A los periodistas, hombres y mujeres que, desde mis inicios en el oficio y a lo largo de toda mi vida gremial y personal, han confiado en mí y me han respaldado sin reservas. Son tantos, y todos tan queridos, que no me arriesgo a la injusta omisión de uno solo de sus nombres.

Y gracias a Dania Goris, Magaly Caram y Magaly Pineda (†) por haberme dicho, hasta convencerme, que mi único límite de mujer era el horizonte.

Gracias del alma.

MERCEDES CASTILLO

Contenido

13	Un país de lava ardiente
21	A los siete años, el trabajo
29	El dolor como estímulo
35	El estudio, su armadura
49	El gremio, una razón de ser
85	Un liderazgo empático
97	Juana y Zunilda, la sororidad
115	Un guía, un maestro
129	Odalís, su paz
137	¿Para cuándo el amor?
143	Balance provisional

Un país de lava ardiente

En 1957, año en que vino al mundo Ynalda Mercedes Castillo Sandoval, el tiempo de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo Molina se agotaba. En el subsuelo de la sociedad dominicana, sometida por el terror al más ominoso silencio, empezaban a agitarse las corrientes del cambio. Ese año Minerva Mirabal egresaba de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santo Domingo con el propósito de articular la clandestina oposición antitrujillista. Con apasionada persistencia y sin temor al riesgo, la joven mujer comenzó a zapar los cimientos de la dictadura.

Mientras esto ocurría, desde el Palacio Nacional Trujillo debía mirar con preocupación hacia los países del continente donde dictadores de su misma calaña eran arrinconados por el movimiento social y las agrupaciones democráticas. Pretendiendo prolongarse en el poder sin iguales lances, organiza ese año «elecciones» presidenciales con un único candidato: su hermano Héctor Bienvenido Trujillo. Joaquín Balaguer irá como vicepresidente. En el clima de coacción política reinante, a las urnas concurrieron 1,265,681 dominicanos y dominicanas. Según el cómputo oficial, no hubo un solo voto en blanco ni un solo abstencionista. Para entonces, la población total era de

2,976,417 personas y quienes tenían entre cero y diecinueve años, 1,694,718. Las propias cifras electorales de la dictadura dan una idea de hasta dónde el voto fue una impostura.

Aunque el censo de 1950, último a la fecha, se celebró siete años antes de su nacimiento, los datos anticipan el mundo dominicano en el que Mercedes abrirá los ojos. En ese entonces el 76.2 % de la población residía, al igual que años después, en la zona rural. Solo el 37.7 % sabía leer y escribir, el 62.3 % carecía de toda instrucción y apenas el 0.3 % tenía estudios universitarios.

En este contexto de analfabetismo generalizado, y a la par de la mascarada electoral, Trujillo adopta algunas medidas de corte pretendidamente social con la intención de atenuar la creciente hostilidad internacional, más que el descontento interno, convencido como estaba de la eficacia de la represión. Entre esas medidas estuvo el desarrollo de la «Campaña Trujillo de Alfabetización», al frente de la cual, mediante el Decreto 6714, colocó al profesor Augusto Peignand Cestero.

La campaña—de la que se afirma que redujo significativamente el analfabetismo— correspondía a la estrategia del régimen: afianzar el uso de la educación como vehículo al servicio del proyecto político-ideológico trujillista, claramente expuesto en la llamada *Cartilla cívica para el pueblo dominicano*¹,

¹ Ver en <https://qdoc.tips/queue/cartilla-civica-de-trujillo-pdf-free.html>

una serie de sentencias de la supuesta autoría del dictador que, varias veces reimpressa en años subsiguientes, fue recomendada mediante la Circular ST-PC 25 del 22 de marzo de 1937 de la entonces Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, para ser utilizada en las aulas de manera obligatoria por considerársela «obra adecuada» para la educación en moral y cívica de la escuela primaria y superior». Esa cartilla, decálogo ideológico de la dictadura, servía a los fines de domesticar a la población y erigir en semidios a Trujillo, como se constata en el texto bajo el epígrafe «La felicidad del pueblo»: Como se ve, el presidente trabaja incesantemente por la felicidad de su pueblo. Él mantiene la paz; sostiene las escuelas, protege el trabajo en toda forma; ayuda la agricultura; ampara las industrias; mantiene los hospitales; favorece el estudio y organiza el Ejército para garantía de cada hombre ordenado. Componente de ese proyecto fueron también los denodados esfuerzos de hispanización cultural y racial de la población dominicana. Parte de la parafernalia que rodeó la visita de Trujillo a su homólogo español Francisco Franco en 1954, fue la firma en 1953 de un Convenio Cultural que contaba entre sus principales objetivos «preservar, promover y difundir la lengua española». No será hasta enero de 1957 cuando, saliendo de su letargo de años, este acuerdo rendirá frutos con la apertura de varios institutos de cultura hispánica, promovidos por Alfredo Sánchez Bella, a la sazón embajador franquista en la República Dominicana, un radical convencido de que «la divulgación de la cultura a través del cine, los

medios de comunicación y publicaciones específicas serviría para crear corrientes artísticas e intelectuales de pensamiento prohispanico. En este planteamiento no olvidaba el papel que tenían las órdenes religiosas docentes, columna fundamental en la estrategia de hispanización»².

En lo que parece haber sido un intento por reforzar el maridaje de su dictadura con la jerarquía de la Iglesia católica, Trujillo hizo votar en julio de 1957 una ley que proscribía a los Testigos de Jehová, objeto de una campaña persecutoria desde años antes, como lo recoge un artículo firmado por Juan F. Pepén³, quien llegaría a ser obispo, publicado en el semanario católico *La Esperanza*, editado en los Estados Unidos. En su discurso de aceptación de ingreso a la Academia de la Historia Dominicana, el periodista Miguel Guerrero⁴ narra las vicisitudes de los miembros de esta Iglesia milenarista, acusados por autoridades civiles y militares y jerarcas católicos de «perversos, astutos, criminales y traidores enemigos» al servicio del comunismo. Tres años antes, en 1954, el mismo año de su visita a Franco, Trujillo firmó, a nombre del Estado, un Concordato con la Iglesia católica concediéndole considerables privilegios.

2 Matilde Eiroa y M.^a Dolores Ferrero (2016). Rafael L. Trujillo y Francisco Franco: de los vínculos históricos a los compromisos coyunturales. *Iberoamericana*, XVI, 61(16):149-170.

3 Ver en <https://thecatholicnewsarchive.org/?a=d&d=LAE19500723-01>

4 <https://www.diariolibre.com/revista/cultura/mas-prohibiciones-y-persecuciones-GG12724763>

La pobreza dominicana no era solo política y cultural, sino parejamente material. Citando datos aportados por Augusto Sención Villalona, el intelectual argentino Luciano Anzelini señala que en 1957 «sobre el final del trujillismo, el 14% de la población más rica se quedaba con el 75.5% de los ingresos, mientras que el 86% restante se apropiaba sólo del 24.5% de lo producido»⁵. El bajísimo nivel de vida de la población se acentuaba en la zona rural, de donde procede Mercedes. Según el censo agropecuario de 1950, el 33.5 % de las explotaciones agrícolas tenían entonces menos de una hectárea y el 42.1 % de una a cinco hectáreas. Sin embargo, ambas categorías solo representaban el 13.7 % de la superficie cultivada, mientras que las explotaciones de más de 500 hectáreas, que constituían el 0.1 % del total, concentraban el 28.9 %.

En su libro *Análisis de la Era de Trujillo (Informe sobre República Dominicana, 1959)*, José Ramón Cordero Michel⁶, quien moriría en la expedición guerrillera contra la dictadura del 14 de junio de 1959, explica que estas cifras «no nos muestran con fidelidad la situación real. Debemos tener en cuenta que solo el 60.2 % del total de las 276,848 explotaciones agrícolas censadas en 1950 eran propiedad de sus explotadores». La pobreza campesina era aún mayor que la que los datos censales permiten colegir.

5 L. Anzelini (2019). Imperialismo informal militarizado. Un estudio de caso sobre las relaciones entre los Estados Unidos y la República Dominicana en el siglo XX, UBA. <https://www.teseopress.com/imperialismoinformalmilitarizado/>

6 97-Manuscrito de libro-505-1-10-20200817

Las condiciones de salud seguían el mismo patrón de precariedad extendida. Apreciaciones de las tasas de mortalidad infantil por sexo, años censales y estimaciones quinquenales, indican que en 1950 fallecían 159 niños y niñas por cada mil nacidos vivos. Cinco hermanos y hermanas de Mercedes forman parte de estas estadísticas nutridas por las enfermedades infecciosas y parasitarias, traumatismos y deficiente alimentación. En 1957 el oropel de la dictadura y sus alardes de modernidad y progreso eran insuficientes para ocultar la realidad económica y social del país.

El derrocamiento del colombiano Gustavo Rojas Pinillas en mayo de ese año por las protestas populares hará pensar a Trujillo en poner sus barbas en remojo. Amante como su homólogo dominicano de las charreteras y los galones, el depuesto dictador se exiliará en el país, donde se sabía bien recibido. Meses después, en Venezuela, la dictadura de Marcos Pérez Jiménez hace aguas. El 15 de diciembre de 1957, Pérez Jiménez «organiza» un plebiscito con el cual pretendía no solo su ratificación en el poder, sino también, y de manera automática, de todos sus candidatos a congresistas, los assembleístas estatales y los concejales municipales. El 23 de enero huirá rumbo a Ciudad Trujillo. En ese 1957 aciago para la isla, François Duvalier iniciaba su sangrienta dictadura en Haití.

La suerte de sus homólogos en el crimen, el activismo del exilio en los países de la región y el progresivo alejamiento de los Estados Unidos, sus patrocinadores durante casi tres décadas, impulsaron a Trujillo a intentar despejar los nubarrones que se cernían sobre su cabeza y su régimen de la única manera que conocía: el terror y el asesinato. En enero de 1957⁷, Octavio de la Maza, vinculado a la desaparición del piloto norteamericano Lester Murphy, fue encontrado muerto por «suicidio» en la celda en la que estaba detenido. Murphy, a su vez, había participado en marzo de 1956 en el secuestro del profesor vasco Jesús de Galíndez en el centro de Manhattan, Nueva York, quien fue trasladado al país donde fue asesinado. En mayo, se devela en Costa Rica un complot fraguado por Trujillo para matar al presidente José Figueres Ferrer, un firme aliado del antitrujillismo en el exilio. Dos meses después, en julio, muere asesinado el dictador guatemalteco Carlos Castillo Armas en un complot orquestado por el esbirro trujillista Johnny Abbes García. Septiembre se verá también encharcado en sangre por Trujillo. Abbes García, travestido de diplomático, concierta, junto al mafioso cubano Policarpo Soler, la agresión a balazos de Tancredo Martínez García en la ciudad de México, donde se había exiliado tras renunciar como miembro de la delegación dominicana en Lima, Perú.

7 Los datos sobre los acontecimientos nacionales que se mencionan de aquí en adelante aparecen en <http://kimballapps.com/EfemeridesDominicanas/AnalesDominicanos.php?anatas=1957>

El final de año se producirá un acontecimiento deportivo que abre un paréntesis en la afonía de la población: el 29 de diciembre, Juan Marichal, con apenas veinte años y vistiendo los colores del Escogido, inicia sobre el montículo del Estadio Trujillo, hoy Estadio Quisqueya, la carrera beisbolística que lo convertirá en el primer dominicano en ser exaltado al Salón de la Fama de Cooperstown por su excepcional desempeño en las Grandes Ligas de los Estados Unidos. Hoy, ese estadio donde él supo llevar a la fanaticada escogidista a un regocijo casi paroxístico, añade el de Juan Marichal al nombre Quisqueya con el que se conoce tras el derrocamiento de la dictadura de treinta y un años.

A los siete años, el trabajo

Tenía siete años. Aunque la adultez terminará dotándola de corpulencia, en 1964 apenas la separaban del suelo unos escasos palmos. Siete años no es mucho tiempo. Siete años son casi nada al principio de la vida humana. Tan pocos son que la teoría de planteos apodícticos ha prolongado la indefensión de esta etapa hasta los lindes de la adolescencia. Como si los siete años de todos los niños y las niñas del mundo cupieran por igual y cómodamente en un mismo y cándido modelo.

Los siete años de Mercedes no eran felices ni indefensos, como tampoco lo habían sido los seis anteriores. Nació en El Café, un paraje del municipio de Imbert, en Puerto Plata, el lunes primero de julio de 1957. Su pobreza era extrema. En el bohío que mal la cobijaba, otros trece hermanos y hermanas mirarían con ojos desolados el mismo patético porvenir. Cinco morirán mucho antes de que la cruz de la vida se les hiciera más pesada. El gozo no fue nunca miel en los labios de la pequeña Mercedes. Sus hasta entonces siete años no califican como infancia.

A esa edad, un día de fecha imprecisa, temprano en la mañana, su padre la tomó de la mano. No le dijo a dónde iban ni ella preguntó. Durante el trayecto entre El Café y el municipio cabecera de la provincia, guardó un resignado silencio, aun-

que, muy posiblemente, en su cabecita bullían mil y una preguntas. La ciudad, con sus regias casas victorianas y sus calles anchas y asfaltadas, no la deslumbró, tan poco acostumbrada estaba a las buenas emociones. Su padre tocó a una puerta y apareció la mujer a la que, a partir de entonces, llamará «madrina»: la entregaban para que «ayudara» en los quehaceres domésticos a cambio de comida y la promesa de enviarla a la escuela. En lugar de una muñeca, que nunca tuvo, a Mercedes le pusieron una escoba en las pequeñas manos y, sobre los frágiles hombros, responsabilidades y faenas adultas.

Así era el destino casi inevitable de las niñas campesinas pobres: abandonar el bohío a la edad más tierna para ir a servir en casas de terceros por el sustento y, si acaso, la asistencia a la escuela, siempre prescindible y, por lo mismo, nunca asegurada. No es que los casi sesenta años que separan la escena de la pequeña Mercedes parada frente a Nena Brito, una mujer también pobre, aunque menos que la niña, dedicada a la venta de leche, hayan cambiado mucho la dura realidad del trabajo infantil. En la tercera década de un siglo XXI cuya llegada se vendió como promesa de un mundo radicalmente cambiado por el progreso, miles de niños y niñas dominicanas emprenden cada mañana el camino hacia trabajos que desvanecen la frontera entre la infancia y la adultez. Atrás dejan la escuela y el juego y comienzan a acumular avatares en la alforja de sus vidas.

En 2019 en la República Dominicana casi cuatro de cada cien niños y niñas de entre cinco y diecisiete años, trabajaba. Cinco años atrás, el porcentaje era casi el doble, lo que sirve para decir que el país ha avanzado en la eliminación del trabajo infantil. Como toda cifra global, las citadas no reflejan con precisión la vastedad del drama ni los desequilibrios sociales y territoriales del trabajo infantil. ¿Quiénes son los niños y las niñas trabajadores? Los de los estratos más pobres, desde luego. En ese año, diecisiete de cada cien niños de cinco a once años ocupados en una actividad económica provenían de los primeros dos quintiles más desfavorecidos. Pero esto no lo dice todo. En 2014 el 56.1 % de los niños y niñas en ese rango de edad, realizaba algún tipo de actividad económica remunerada.

Cuando se habla de niños y niñas ocupados no hay que pensar en las que el lenguaje de derechos cataloga de «peores formas del trabajo infantil». Quizá sean estas las menos. Lo relevante es que la medición estadística obliga a admitir que en el país un número considerable de niños y niñas trabaja desde los cinco años, casi invariablemente por necesidad. Y que mientras más pobre es su región de residencia, más expuestos están a que su infancia —esa etapa idealizada por el discurso social hegemónico— sea una mera ficción. Como la de Mercedes. Como la de varios de sus hermanos y hermanas, entregados como servidores domésticos a diversas familias a cambio de cobijo.

El 24 de abril de 1965, a punto de cumplir los ocho años, por la radio que escuchaba mientras planchaba «una ponchera de ropa», la niña que todavía era supo que algo inusual sucedía en el país. Pero, fuese lo que fuese, estaba muy lejos de su realidad y siguió en su pesada tarea. El tiempo y el cercano vínculo con sus iguales la harán heredera de aquel estremecimiento político y social que entonces no estaba en condiciones de aquilatar.

«Crecí en esa repartición de hijos que hizo mi papá —dice Mercedes—. Me mandó a mí a donde Nena, y a mi hermana y dos hermanos, a otros sitios. Éramos una familia campesina envuelta por la miseria. Mi papá fue trayendo a sus hijos al pueblo y a cuatro nos ubicó en distintas casas. Él era jardinero, cuidada el jardín de la gente rica de Puerto Plata, por lo que tenía muchos conocidos en el pueblo. Así crecí: fajada trabajando desde niña. Ayudaban a una, pero había que fajarse».



Dibujo de la niña Mercedes a la edad de 7 años, del caricaturista Dady Romero.

No recuerda con precisión las circunstancias, pero sí que cuatro o cinco años después de haber sido entregada a Nena Brito, su padre y su madre, todavía unidos, se instalaron en Puerto Plata. Los acogió el barrio Invi. Un golpe de suerte dará a Modesto el premio mayor de la Lotería, dinero con el que

compró una casita en el barrio Padre Las Casas, y Mercedes pasó a vivir con ellos. Regresar al núcleo familiar fue simplemente una pausa en el trabajo para terceros. Ni la miseria ni la violencia habían cambiado. A los doce años, y por espacio de casi uno, Mercedes volverá al trabajo doméstico, esta vez como niñera en la casa de una familia pudiente.

Trabajar era su sino y este la llevará a la casa de Estilista García y Eugenio Castillo, parientes lejanos. No fue este vínculo, sin embargo, el determinante en la acogida, sino la recomendación de una marchanta amiga de la pareja. Que ocurriera, fue un milagro inesperado.

—Doña Tila me asumió como a una hija. Tenía tres varones y pienso que eso influyó en su cariño por mí. Yo era una niña humilde, sencilla, llevadera, y nos encariñamos. Todavía hoy mantengo con ella y su marido una relación permanente. Soy una hija de esa casa. Esa es mi familia. Es en esa casa donde me quedo cuando viajo a Puerto Plata.

Tiempo de estabilidad

«Durante el tiempo que viví con doña Tila y Eugenio —dice Mercedes—encontré por primera vez la estabilidad. Llegué a esa casa a los 13 años y salí a los 19 para venir a la capital e inscribirme en la UASD.

«En esa casa me enamoré; cuando di a luz a mi hijo, doña Tila estuvo presente; cuando me gradué, ambos me acompañaron. El nombre de mi hijo, Odalis, fue ella quien lo escogió, él es su nieto, y él la considera su abuela de cariño. Esa es mi familia. En mi época de estudiante universitaria pasaba las vacaciones con ellos. Regresaba a la capital con 500 pesos en la mano,

Paradójicamente, no se queja cuando rememora esa etapa de su vida. La relata como si fuera la experiencia de otra persona de quien conoce las intimidades.

No le cambian el timbre de la voz ni la expresión del semblante. Simplemente, coteja recuerdos, algunos desvaídos por el tiempo.

—Yo no viví la niñez, mi vida ha sido siempre de trabajo y compromiso. Cuando te entregaban a una familia, había que trabajar de a duro: fregar, lavar, planchar, barrer el patio, botar la basura, ¡todo! No recuerdo que en las casas en que serví me maltrataran, aunque sí me atribuyeron una carga excesiva de trabajo para mi edad. Mi papá me entregó a Nena Brito para que trabajara a cambio de inscribirme en la escuela; yo no podía hacer otra cosa, no era hija de la casa. No podía decir «yo no voy a hacer eso». Por lo contrario: asumí el trabajo de una gente grande. Fui una niña adulta, con compromisos de adulta. Crecí con eso. Con todo esto quiero decir que vengo de las entrañas más humildes del pueblo dominicano.

ropa, zapatos y una cajita de víveres y otros alimentos que ella compraba en un mercado cercano.

«Ellos fueron mi sostén. Me integraron a la familia, me trataron como a una hija. No porque tuviéramos una familiaridad lejana, esto se descubriría mucho después, sino porque decidieron asumirme. Llegué a esa casa a trabajar, a ocuparme de las tareas domésticas por paga, aunque después el cariño atenuó la carga. Soy su hija de crianza. Esa es la verdad».

Mi hermana murió a los treinta y nueve años a consecuencia de una septicemia tras una operación de corazón abierto. Soy la única profesional de mi familia porque me lo propuse, lo quería.

Si asumo la postura de mis hermanos, que formaron familia y comenzaron a trabajar para levantarla, no sería la que soy.

Pese a la dureza de la vida y la dispersión a que los obligó el temprano trabajo, Mercedes y sus hermanos consolidaron una estrecha relación de afectos de la que Narcisa Sandoval fue artífice.

— La relación entre nosotros es excelente, hemos sido siempre muy unidos. Mi mamá fue el centro de todo eso. Era una mujer muy digna. En mi vida nunca he conocido otra persona con tanta dignidad, con tanta solemnidad. Esa señora lavaba y planchaba, y cogía fiado en el colmado, y cuando solo había guineítos para comer, sancochados en un fogón de leña, porque nuestra pobreza era terrible, ella nos decía: «Nadie tiene que saber esto». Nadie se atrevía a ir donde los vecinos al mediodía porque su advertencia era tajante: «¡Usted no va a ir a “velar” a casa de nadie, usted se queda aquí!». Cuando no había dinero para más, compraba un lápiz y lo partía en dos o tres pedazos, y a cada uno nos daba un «cabito» para llevar a la escuela. Nunca molestaba a los demás con sus necesidades. Toda su vida estuvo llena de amor y consideración por sus hijos.

A diferencia de lo sucedido con Modesto, el padre, cuando Narcisa enfermó para morir, el cariño rodeó su cama y las lágrimas por su partida fueron abundantes e inconsolables. Se lo había ganado.

La reconstrucción memoriosa de esta temprana experiencia dice muy poco, sin embargo, de esta mujer. Es apenas un atisbo, una pincelada en el lienzo de una vida minada por el desgarró, porque en esta imagen de niña sin muñecas, sin lazos en el pelo, sin la ruidosa carrera por el parque de la ciudad, sin la risa espontánea de la dicha, a la que nunca celebraron un cumpleaños, aún no asoma la mujer que vendrá después. Lo hará pronto, pero no todavía.

El dolor como estímulo

Quien conoce las intimidades de Ynalda Mercedes Castillo Sandoval debe extrañarse en su fuero interno de que no tenga muescas en el alma. De que no rezuma amargura. Es calmada y de sonrisa fácil. Su voz, pausada, aunque fuerte. La extrañeza no la provoca la dificultad de conciliar esta imagen con los cortantes filos de la pobreza que signó su vida y que aún gravita sobre su madurez. Proviene de saber que su cuerpo y su alma de niña sufrieron las consecuencias de la violencia paterna desatada. Repiten los psicólogos, expertos en la exhumación de traumas infantiles, que la violencia en edades tan tempranas deja inevitables secuelas; depresión y una autoestima deteriorada son dos de ellas. Con Mercedes fallan el pronóstico y el diagnóstico. Ella no ha olvidado, aloja aquellas escenas y aquellos dolores en la memoria, pero ha tenido la sabiduría de convertirlos en recuerdos que no la lastiman. Dice que odiar no retribuye.

—La nuestra es una historia tétrica porque a mi padre lo criaron maltratándolo, y él no pudo superarlo y maltrató a sus hijos, maltrató a mi mamá.

La violencia reproduciéndose en bucle, abrasando la vida y la inocencia de los hijos que nacían cada año porque, al fin y al cabo, tenerlos sin medida era parte de la teatral virilidad de Modesto, un hombre que no había conocido el amor y, por no

conocerlo, tampoco podía darlo. Catorce con Narcisa, de los que cinco se despidieron temprano, como ya se ha dicho.

El enamoramiento y convivencia de familiares cercanos —el abuelo de él y la madre de ella— cruzarían los caminos de Modesto Castillo y Narcisa Sandoval. Él, un jovenzuelo agreste y sin delicadezas que, sin embargo, conquistó el corazón de ella, todavía pubescente. Las visitas de Modesto al hogar de Narcisa aumentaron en frecuencia. Un día, Narcisa, de apenas 14 años, no regresó a la casa. Se había fugado con Modesto para formar lo que, casi con toda seguridad, soñó un hogar tranquilo junto a un compañero atento.

De vivir en una casa campesina con las principales necesidades cubiertas, Narcisa pasó a «una casita de yagua debajo de una mata de mango en las peores condiciones». Andrea Sandoval, la madre, no pudo evitar que Narcisa se uniera a Modesto, pero sí trató siempre de paliar su miseria. A lomo de burro, como era costumbre en un país sin apenas transporte vehicular, se personaba a intervalos donde la hija para proveerle «víveres y ropa». Una efímera fiesta para todos.

—Mi mamá era una princesa, hija de una agricultora que tenía seis hijos, y ella era la única hembra. Mi abuela materna era una de las personas que mejor vivían en El Café, era una líderesa de la comunidad, madrina de todo el mundo. La vida de mi mamá junto a mi padre fue un infierno. Él no sabía lo que era el buen trato, el cariño, la delicadeza.

Así como lo trataron a él, así trató a mi mamá y a sus hijos. No fue un padre responsable, en el sentido concreto de la palabra, aunque siempre estuvo pendiente de nosotros, a ninguno negó su apellido. Incluso, creo que me quiso.

Nueve hijos hacinados en las peores condiciones en una casucha terminan por volver la situación incontrolable. Independientemente de la edad, los hijos varones de Modesto estaban obligados a trabajar un pequeño terreno que le habían donado. La suya era orden inapelable. Niños al fin, con no poca frecuencia incumplían la encomienda y la madre, aterrorizada por lo que podía sobrevenir como castigo, «para evitar que los matara a palos», añadía a los suyos propios los trabajos en el predio.

—Él acostumbraba a dormir muy temprano, alrededor de las siete de la noche, y quería obligar a todo el mundo a lo mismo. Si mis hermanos se rebelaban y permanecían fuera de la casa, él les cerraba la puerta para que no pudieran entrar y tenían que dormir en el techo. Eso era una tortura para mi mamá. Él la acusaba de apoyadora. Les botaba la comida y mi mamá tenía que guardársela a escondidas. Te repito: él tuvo un comportamiento muy brutal porque fue lo que él mismo recibió, no supero la violencia de la que fue víctima.

Billetero, además de jardinero y agricultor minifundista, Modesto gastaba en apuestas en peleas de gallo y en «andar bien vestido, con zapatos buenos, chalinas y dientes de oro»,

lo que su mujer, sus hijos y sus hijas esperaban para cubrir sus necesidades básicas, siempre insatisfechas. Lo único que les daba en abundancia —la afirmación vuelve reiterativa a los labios de Mercedes— era el lacerante sufrimiento material y emocional que dejaba su saña.

—Hasta que un día, pasados algunos años, y luego de que él amenazara con matarla, mi mamá puso en las manos de cada uno de sus tres hijos más pequeños un «liíto de ropa», y enfiló hacia la capital, donde ya vivía mi hermano mayor, quien le alquiló una casita. Para ayudarlo a pagar el alquiler, mi mamá, esa princesa maltratada, comenzó a lavar y a planchar por paga.

Así transcurrían los días, entre el dolor físico de las golpizas y la angustia de la humillación. En la mayoría de sus víctimas, germinó el resentimiento contra aquel hombre fuente de sus males. El cúmulo de ofensas y maltratos se convirtió en un fardo muy pesado para los hijos y la mujer, que los soportaba con la impavidez de quien se enfrenta a lo irremediable. Un furioso desamor fue el único vínculo con él.

—Con la hija que tuvo mejores relaciones fue conmigo. He llegado pensar que me quería. Me decía «mi pelona». Nunca le guardé rencor, como sí lo hicieron mis hermanos. Él llevó a nuestra madre a extremos de desesperación increíbles, al punto de que, en una ocasión, trató de suicidarse.

A Narcisa no le faltaba coraje, le sobraba impotencia. Atrapada en el círculo de la violencia, no encontraba en ese momento extremo que menciona Mercedes la manera de soltar amarras. Peligrosa indecisión típica de la mujer, señalan especialistas en el tema, sometida por su pareja a la violencia sistemática. La ideación del suicidio y el intento de consumarlo, en este caso fallido, acompañan a una significativa cantidad de casos «extremos de desesperación increíbles» que convierten en un infierno la cotidianidad de la mujer maltratada.

En las postrimerías de su vida, viejo y enfermo de cáncer, apartado durante largos años de los hijos y las hijas que procreó con Narcisa, Modesto recibirá de Mercedes lo que no supo darle: atención y cariño. Echando a un lado los malos recuerdos, será ella quien le procure los cuidados médicos que demanda y lo albergue hasta su muerte en medio de la casi indiferencia de sus demás hijos, que nunca lo lloraron ni lo extrañan. «La gente cosecha lo que siembra», dice convencida. En las escasas ocasiones en las que habla de él con sus hermanos, busca atenuar los negativos sentimientos que reviven tumultuosos. Más por la salud emocional de ellos que por reivindicar al padre, desea hacerles entender que el abuso sufrido fue la prolongación de aquel que, en su día, dañó para siempre el alma y la vida de Modesto Castillo. No logra disipar el encono, arraigado con fuerza imbatible, pero nunca ha dejado de intentarlo.

El estudio, su armadura

La imaginación debe hacer piruetas para figurarse cómo Mercedes desbrozó el camino que le había heredado la vida. Cómo, desde la pobreza y otras desventajas acumuladas logró, a mediados de los años noventa, que su nombre comenzara a resonar en los medios periodísticos. La fórmula se dice fácil: una sobredosis de persistencia y algo de suerte encarnada en quienes, en Puerto Plata, le tenderían la mano. Aplicarla a la realidad es bastante más complicado.

—En medio de todas las turbulencias de mi niñez y mi adolescencia, en medio de todo eso, mi norte fue siempre estudiar; ese es el fundamento de mi vida. Cuando subí del campo a la ciudad, ya sabía leer. Recuerdo la escuela de mi campo, a mi maestro, muy simpático, que llegaba siempre a caballo. Cuando fueron a inscribirme en la escuela Antera Mota, en Puerto Plata, la profesora dijo que yo podía entrar al segundo curso. La Antera Mota era la principal escuela primaria de la ciudad. El cuarto curso lo hice en vacaciones. Mi hermana y yo competíamos por las mejores notas. Ambas nos saltamos el cuarto curso y entramos al quinto al mismo tiempo. Para mí estudiar era lo número uno.

Tras este afán por el estudio subyace el ejemplo materno. Quizá porque gozaba de una condición económica que perdería al unirse a Modesto, Narcisa pudo asistir a la escuela

y alfabetizarse. No había material escrito, revista, periódico o lo que fuera, que no devorara. Hasta sus noventa años, edad a la que murió, siguió sintonizando con la vida y sus circunstancias a través de la lectura y de la audición de noticieros radiales y el visionado de los televisivos.

—Por ese amor por la lectura y su afán de estar al día, le decía siempre que era una periodista innata. Fue siempre un ejemplo para mí.

Ninguna privación logrará desestimular la decisión de Mercedes de continuar la escuela. A principios de los años setenta, ya en marcha la reforma educativa que unifica las enseñanzas secundaria y técnica en liceos priorizados, iniciará el bachillerato en el Liceo José Dubeau, pero lo terminará en una escuela nocturna porque, como recuerda con frecuencia, debía cumplir con su cuota de trabajo doméstico en contrapartida del apoyo que recibía.

— En ese tiempo había pasado a vivir con Estilista y Eugenio. Me ayudaban económicamente y tenía que corresponder. Mi deseo era tan fuerte que, teniendo como dieciséis o diecisiete años, me levantaba a las tres o tres y media de la mañana a estudiar. Alrededor de las seis yo estaba echando detergente y cloro a la cocina y después hacía el desayuno. Todos, todos los días. También debía arreglar las camas. Eso quiere decir que, cuando salía para la escuela, ya tenía una hora y media de trabajo.

Mercedes no estudiaba en la cocina, como podría pensarse. En aquella época, cuando la vida en los pueblos estaba escasamente amenazada por la inseguridad que provoca la delincuencia, salía hasta la acera de la casa, se sentaba bajo un poste del tendido eléctrico y abría los libros. Pese al cariño y la confianza que la unía a Estilista y Eugenio, no se atrevía a encender la luz por temor a molestar y a elevar la factura de consumo. Nada la obligaba y, muy seguramente, sus «padres de crianza» no llegaron a enterarse; no era algo que hubieran siquiera sugerido a esa adolescente para quien, cuando en 1975 reconstruyeron la casa en la que vivían, añadieron una habitación igual y con las mismas comodidades que las del resto de la familia, no un «cuarto de servicio».

—Cuando llegué a esa casa siendo una adolescente, pude construir mi mundo, concretar mis sueños. Mi mayor deseo era estudiar, pero en mi casa no había condiciones ni tuve un papá responsable. A diferencia de la generalidad de las familias pobres, que

Estudiosa impenitente

Cuando mira hacia atrás, no encuentra nada que desee corregir. Desde muy pequeña supo que, para ella, dudar de una decisión arriesgaba a la derrota. Lo suyo se decidió siempre a cara o cruz. Pudo haberse quedado en El Nuevo Diario cuando Osvaldo Santana, el director, le ofreció empleo, y foguearse como periodista en la exigencia de las redacciones, pero optó por continuar como documentalista en el Departamento de Comunicación Social de la UASD. Después vendría el gremialismo a tiempo completo y el reporterismo se esfumaría de su horizonte. No se arrepiente.

se hacen cargo de sus hijos, mi papá nos desbandó a todos nosotros. Que todo el mundo se la buscara.

Terminará el bachillerato en 1977 con todas las materias liberadas con notas sobresalientes y la satisfacción de haber defendido las reivindicaciones de los estudiantes desde el Frente Estudiantil Flavio Suero (Feflas). En las filas de este grupo cultivó también su afición a la lectura, si bien entonces lo que caía en sus manos era casi siempre material político. Como era de esperar, la literatura soviética fue parte de su aprendizaje. *Así se templó el acero*, de Nikolái Ostrovski, galería de personajes prototípicos del «hombre nuevo», se inscribe en su recuerdo de los tiempos de su progresivo despertar a otra manera de contemplar el mundo.

De labios de Magaly Pineda, una militante y teórica feminista pionera, escuchará por primera vez hablar de feminismo, y la semilla germinó en su interés por la igualdad de las mujeres que afianzará su personal experiencia

A cambio, no se ha permitido perder ninguna oportunidad de adquirir nuevos conocimientos. Las aulas la han visto regresar una y otra vez, sin haber desertado nunca. Por eso no titubea al reivindicar sus calidades profesionales.

«Soy egresada de la Escuela de Periodismo, tengo maestría. He sido profesora de las universidades O&M y Católica de Santo Domingo y del Instituto Dominicano de Periodismo; fundadora de programas de radio y televisión, de periódicos y revistas, articulista de los principales periódicos nacionales. Ahí hay acumulada una experiencia laboral de muchos años. Y están los títulos obtenidos en las más diversas áreas de la comunicación. Evidencias que certifican lo que yo soy».

posterior. Fue también entonces cuando comenzó a entender que, más allá de la violencia paterna que les tocó a ella y a sus hermanos, la que sufrió su madre tenía la marca del género.

—En mi niñez y mi adolescencia no tuve conciencia plena del carácter de esa violencia, pero sí recuerdo que me sentía muy ofendida. Veía que mi papá abusaba de la nobleza de mi mamá. Llegó a obligarla a colarle café a mujeres que llevaba a la casa. Ella se sentía agraviada y yo también. Me dolía mucho. Las charlas que ofreció Magaly Pineda en el liceo en el que yo estudiaba me marcaron. Comencé a entender que las mujeres podíamos hacer mucho más que atender la casa. Ella se refería a la liberación femenina, y yo quise liberarme.

El título de bachiller fue su primer logro. Con él en la mano, Mercedes hará maletas y en 1978 enfilará hacia Santo Domingo donde, ya separada definitivamente de Modesto, vivía su madre con sus hijos más pequeños. La Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) será el puerto de atraque en su vida universitaria y el motor del cambio casi radical en su quehacer cotidiano. Las nuevas exigencias sociales y vitales derivadas de su condición de estudiante universitaria no la tomaron desprevenida. En Puerto Plata, su militancia en el Feflas, grupo subsidiario del universitario homónimo, la llevó a entablar amistad con dirigentes que, llegados de la capital para encandilar las juveniles mentes de sus seguidores, le hablaban del mundo uasdiano y su potencial transformador.

—Los estudiantes de los liceos no teníamos otra opción que la UASD. Los de los colegios ricos de Puerto Plata iban a las universidades privadas. Pero para nosotros, los hijos de Machepa, la aspiración era estudiar en la UASD. De ahí que, desde antes de terminar el bachillerato, mi mente estuvo puesta en ella, que representaba la única oportunidad de concretar mi anhelo de ser profesional, de cambiar el curso de mi vida, de distanciarme de lo conocido hasta entonces.

Con toda seguridad, el activismo estudiantil en el bachillerato determinó su elección de carrera: Sociología. El porqué es previsible. En el medio estudiantil, la Sociología tenía entonces categoría de cincel de la sociedad utópica. Y a cincelar la sociedad aspiraba Mercedes, cuya vocación de servicio y conciencia social la habían llevado a pertenecer al aguerrido grupo estudiantil. Su decisión será efímera. Tras dos semestres de recorrer los pasillos de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, echó a un lado las teorías sociológicas y transfirió su matrícula a la Escuela de Periodismo. Esta vez fueron determinantes las influencias de periodistas como José Rafael Sosa, cuya prédica la llevó a convencerse de que también desde las salas de redacción podía contribuir a hacer de la República Dominicana un lugar más justo y amable.

—En ese ambiente de miseria que era el mío, comencé mis estudios. En mi decisión me ayudaron quienes me acogieron en su casa y terminé considerando mis padres de crianza, doña Tila y Eugenio. Ellos me enviaban 60 pesos mensuales y una

comprita. También obtuve una beca de trabajo y estudio en la UASD, y así pude terminar la licenciatura. Debo decir que estudiaba y hacía mis tareas en la biblioteca, porque nunca pude comprar los libros. El comedor económico era mi restaurante, como lo era para la mayoría de los estudiantes pobres. El comedor económico y el Departamento de Bienestar Estudiantil eran mi casa. Sí, lo logré de ese modo, fotocopiando folletos, llegando en «bola» a la universidad o enganchada en una guagüita voladora. No pocas veces fui a pie desde el ensanche Quisqueya a la UASD bajo un sol canicular. Me gradué con mucho esfuerzo de la carrera de Periodismo.

El sacrificio encontró recompensa en el reconocimiento y afecto de los profesores, entre los que menciona, sin pretender agotar la lista, a Héctor Martínez, Angelita de León, Rafael Núñez Grassals y Sonia Medrano. De esta última recuerda la ocasión en que, tras tomar la iniciativa de exponer sobre un texto, le dijo: «Estudiante, usted tiene muchas condiciones para ser una buena expositora. Cultive eso». El eco de esas palabras aún resuena en su memoria y a él atribuye su preferencia por la improvisación de los discursos que le ha tocado pronunciar a lo largo de los años. Aunque parezca paradójico, leer en público la cohibe y la vuelve torpe.



Graduación de la Licenciatura en Comunicación Social en la UASD, 1988.

Aunque su círculo social se había ampliado con nuevas amistades, en esa época tampoco le concedió mucho tiempo al disfrute. Ana Esther García Portes, con quien escribirá su tesis de grado, y Juana Ramírez, amiga con la que ha recorrido los últimos treinta años de su vida, le brindaban sus escasos momentos de esparcimiento. Recuerda los viajes a San Cristóbal en compañía de Ana Esther para participar de cuando en vez en actividades culturales. Otros amigos y

amigas de aula de aquellos años se fueron quedando en el camino, tragados por sus propios afanes.

—Nunca fui a una fiesta y se entiende: viví siempre en un mundo adulto con responsabilidades de adulta. A mí no me «brincaron» cuando chiquita. Nunca me celebraron un cumpleaños. Nunca aprendí a bailar. Mi familia no tiene hábitos festivos. A veces me he visto obligada a intentarlo, sobre todo durante las campañas electorales del Colegio, pero advierto a mi pareja que, por favor, me lleve despacio. Me da vergüenza no saber bailar, porque bailar es parte de la manera de ser del dominicano y la dominicana. Está en nuestra genética.

Su tesis, una investigación sobre la idea que los estudiantes tenían en ese momento respecto a los grupos estudiantiles, escrita al alimón con Ana Esther y asesorada por Onofre de la Rosa, obtuvo una muy buena calificación. Con una satisfacción por el resultado que se prolonga todavía hoy, lamenta, sin embargo, no haber sido lo suficientemente persistente en las gestiones para lograr su publicación, que bien lo merecía.

Su investidura como periodista en febrero de 1988 coincidió con la apertura de una maestría en políticas y planificación de la comunicación, dirigida por De la Rosa, a la sazón director del Departamento de Comunicación Social, y coordinada por la Gladys Valdez. Mercedes no dejará escapar la oportunidad y se integrará junto a otros diez periodistas y dos profesores. Concluida la maestría en 1992, no presentará

tesis para lograr el grado de maestra, pero obtendrá en cambio el de especialista en Comunicación. No será la única actividad formativa en la que participe. Deseosa de alcanzar un mayor dominio de su elección profesional, inventa el tiempo que le permita, en medio de sus afanes habituales, seguir abrevando en el conocimiento. Los muy diversos títulos obtenidos se acumulan en las paredes de su casa o, cuando es necesario, se despliegan frente al interlocutor.

Los antiguos arrojos militantes de Mercedes en las aulas de secundaria no continuaron en ese espacio hiperpolitizado de la UASD de aquellos años. Cuando la invitaban, asistía a las actividades del Feflas universitario y de la Federación de Estudiantes Dominicanos (FED); ya no instaba a salir de las aulas para testimoniar el enojo por medidas consideradas arbitrarias o pedir la satisfacción de reclamos de mejoras, pero los intereses de sus pares nunca le fueron indiferentes. Para muestra, un botón: cuando De la Rosa presenta su candidatura a la dirección del Departamento de Comunicación Social en 1984, ella estuvo entre quienes, a cambio del apoyo en las urnas, exigieron al aspirante el compromiso de crear una biblioteca especializada al servicio del estudiantado.

Desde la Asociación de Estudiantes de Periodismo, en la que tuvo un papel destacado, contribuyó con la investigación del acoso sexual denunciado por una estudiante, decisión con escasísimos antecedentes que, tras ser comprobada, terminó con la separación de su cátedra del profesor acusado. Para

Mercedes, la decisión del Consejo de la facultad fue un triunfo de las estudiantes en su lucha por hacer respetar su dignidad.

Elegido director, De la Rosa no olvidará la palabra empeñada. Un día, mientras leía informaciones en el mural de la Facultad de Humanidades, Mercedes escuchó a sus espaldas una voz que le decía: «Bachiller, ¿usted estaría en disposición de trabajar en la formación de la biblioteca de la Escuela de Periodismo?». La pregunta le supo a gloria y la respuesta le salió pronta y espontánea: «¡Desde luego que sí!». El proyecto tomó forma apoyado por la vasta experiencia de la bibliotecóloga Marta de Castro. El nombre de la criatura, todavía nonata, revelaba el tamaño de la aspiración: Centro de Documentación para las Comunicaciones, como dependencia del Departamento de Comunicación Social. «Fue un palo, un verdadero palo, y llenó una necesidad», rememora y confiesa haberse enamorado del proyecto. Tan absoluto era su enamoramiento que lo prefirió a una oferta de empleo como periodista en *El Nuevo Diario*, medio en el que realizaba prácticas profesionales.

—El director del periódico era Osvaldo Santana; traté de persuadirlo de que podía hacer reporterismo sin abandonar mi trabajo en el Centro, donde mi horario concluía a las dos de la tarde. No hubo manera; frente a la disyuntiva, escogí quedarme en el Centro. Estaba tan comprometida con Onofre, con los estudiantes, con los profesores, que no tenía otra elección posible. Eso marcó mi carrera.

Antes de esta experiencia en *El Nuevo Diario*, Mercedes ingresó en 1983 al periódico *El Sol*, también en calidad de pasante. En la redacción encontraría a Manuel Azcona y Margarita de la Rosa, estudiantes como ella de la carrera. Si en algún momento pensó que la práctica podía convertirse en empleo, la esperanza se desvaneció con el nombramiento de sus dos compañeros. En la nómina no había espacio para tres. Pero fueron tiempos buenos para su amor por el oficio. Bajo la orientación del veterano periodista Diego Escaño, describió en varios reportajes, y sin matices, la dureza de la vida en los barrios populares capitalinos. El arte y el espectáculo fueron también materia de su incipiente ejercicio.

Terminada la gestión de De la Rosa al frente del Departamento de Comunicación Social, las cosas tomaron un curso borrascoso. En un contexto social donde la continuidad institucional goza de poco aprecio, las autoridades sustitutas cambiaron las reglas del juego y los perdedores en la disputa por la dirección departamental fueron irradiados de los espacios de responsabilidad que ocupaban. Separada del Centro de Documentación que había contribuido a crear, Mercedes intentará reproducir la iniciativa, esta vez en el campo de las ciencias jurídicas, cuando Roberto Santana ocupaba el decanato de la facultad. El sueño se deslió en la espera.

Mas, como dice el antiguo y consolador refrán, «No hay mal que por bien no venga». Superados los primeros momentos

de incertidumbre provocados por la retaliación de que fue víctima, Mercedes decidió emprender nuevos proyectos. Sacó fuerzas de esa pequeña muerte de sus sueños y se adentró en inexplorados territorios que tensionarían sus capacidades. Había llegado la hora de demostrar hasta dónde era capaz de llegar.

El gremio, una razón de ser

Comenzaban los años noventa cuando Mercedes dirigió sus pasos al Colegio Dominicano de Periodistas (CDP), del que ejercía la presidencia Rafael Méndez acompañado de colegas de larga data como Osvaldo Santana, José Bujosa Mieses y Wilson Suazo. Frente a ellos, expuso la pertinencia de un centro especializado, eco cercano de aquel que, años atrás, había hecho desbordar su entusiasmo en el espacio uasdiano. No sin cauta sorpresa, escuchó una frase terminante: «Empieza a trabajar». El corazón le latió agradecido.

El camino de este nuevo esfuerzo también se torcería. Un grupo de periodistas que cubrían la fuente del Palacio Nacional, integrado, entre otros, por Héctor Amparo, Zoila Puello, Héctor García y Rafael Santana, solicitaron a Joaquín Balaguer, entonces presidente de la República, la construcción de un edificio que sustituyera el ocupado por el gremio desde los tiempos del germinal Sindicato Nacional de Periodistas Profesionales. La solicitud fue acogida.



Rafael Méndez, veterano periodista gremialista, expresidente del CDP y gran colaborador del desarrollo gremial de Mercedes.

Era el año 1991 que vio sustituida la Ley 148-83 de Colegiación Periodística. Resistida casi con ferocidad por los grandes medios, cuyos ejecutivos llegaron a inculparse en los tribunales, esta ley había sido considerada en 1988 violatoria de la Constitución por la Corte de Apelación Penal del Distrito Nacional, que alegó en su fallo que su aprobación en tres legislaturas contravenía el articulado constitucional que regía la materia. En 1989 será finalmente declarada inconstitucional por la Suprema Corte de Justicia. Los motivos subyacentes del empresariado mediático para oponerse a la ley fueron básicamente dos: la obligatoriedad de la titulación universitaria y de la colegiación como requisito para el ejercicio del periodismo y la contribución del 1.25 % sobre la publicidad cobrada por los medios. El alegato de «principios»: la defensa de las libertades de expresión y de contratación. En su fallo, además de retomar el argumento de la Corte de Apelación Penal del Distrito Nacional sobre el procedimiento de aprobación, la Suprema Corte de Justicia consideró

Compromiso con el barrio

Cuando Mercedes abandonó la presidencia del CDP en 2005, el prestigio social que la precedía le valió una propuesta comunitaria: presidir la junta de vecinos del barrio donde ha vivido desde hace más de treinta años.

Nuevamente, como si el servicio a la colectividad estuviera inscrito en su ADN, respondió con un convencido sí a la propuesta.

«En ese momento estaba “desbaratada” económicamente. Puedo asegurar que salí de la presidencia del CDP más pobre que a mi llegada. En la junta de vecinos no recibes nada, por el contrario, tienes que dar. Me involucré por dos años».

que «[...] al establecer el impuesto a cargo de los anunciantes y en provecho de los periodistas, la ley No. 148 está creando un privilegio y una situación irritante que tiende a quebrantar la igualdad entre los dominicanos, a lo que se opone, tajantemente, el artículo 100 de nuestra ley Sustantiva».

Dos años más tarde, en un procedimiento expedito, el Congreso aprobará la Ley 10-91, que sus promotores gremiales llamaron «la ley posible». Del proyecto fue excluida la obligatoriedad y se estableció como principal fuente de financiación la cuota de los miembros y la aportación por los medios del 0.5 % de la facturación publicitaria. La escisión entre estos y los originales auspiciadores de la ley anulada estaba servida. Una parte del gremio abandonó sus filas para formar la Asociación Nacional de Periodistas Profesionales, de existencia breve. Otros, recuerda Mercedes, decidieron quedarse «al entender que la ley aprobada no era lo que necesitábamos, sino lo que podíamos conseguir».

Para sus consuetudinarios críticos, que aceptara dirigir una junta vecinal afrentaba la imagen pública ganada en el ejercicio gremial.

«Para mis críticos internos, este tipo de organización es muy poca cosa, pero no para mí, porque siento el deber de colaborar con la comunidad en la que vivo. ¿Qué tenía de malo que presidiera la junta de vecinos de mi comunidad, en la que vivo hace treinta y tres años y a la que mi hijo llegó de seis meses?».

Lo tomó con calma y siguió adelante sin permitir que la desviasen un milímetro de su propósito. Ha sido su triunfo sobre una idea equivocada del gremialismo.

—Esto coincidió con la demolición del antiguo edificio. Alquilamos una casa en la calle Lea de Castro y ahí alojamos el Colegio. El proyecto del centro de documentación quedaba nuevamente suspendido, pero, quizá en compensación, Rafael Méndez me anunció que habían gestionado y obtenido un empleo para mí en la Compañía de Seguros San Rafael, entonces administrada por Héctor Cocco Castillo.

A esas alturas, los pinitos gremiales de Mercedes comenzaban a ganar fuerza. Una veterana periodista militante del gremio la observaba con atención.

Su ojo experimentado vio dibujarse en ella la figura de una posible lideresa y se dispuso a arrimarle el hombro. Una expresión de instintiva sororidad, que entonces no tenía ese nombre, pero sí los mismos efectos: hacer valer las capacidades de las mujeres frente a una cultura institucional donde el liderazgo, en ocasiones



Veterana periodista Dania Goris, exsecretaria de Educación del CDP y gran colaboradora solidaria de Mercedes.

con ínfulas épicas, estaba en mano de los hombres. Esa periodista es Dania Goris, de la que Mercedes reconoce el papel decisivo que jugó en su —para ella— osadía de lanzarse a disputar un cargo electivo.

—Conocí a Mercedes en los tiempos en que yo hacía más vida gremial, ella, lógicamente, mucho más joven que yo —dice Dania—. Fui gremialista tanto en el Sindicato Nacional de Periodistas Profesionales como en el Colegio Dominicano de Periodistas, y en ambos ocupé varios cargos. La tarea más satisfactoria para mí fue la que desarrollé en el ámbito de la educación gracias a una considerable contribución de la Fundación Pellerano Alfau, auspiciada por el Listín Diario. Ella estuvo muy cerca de ese trabajo y, de hecho, si no recuerdo mal, fue quien me substituyó en la tarea cuando me alejé del trabajo gremial. Mercedes lo retiene vivamente en la memoria. Por decisión de Dania Goris, en aquel momento secretaria de Educación del gremio, pasó a formar parte de una comisión responsable de ejecutar el programa formativo. Sobre ella recayó como tarea principal la coordinación de las actividades que se celebraban en las seccionales del CDP en todo el país. Su nombre comenzó a ser conocido y le ganó el aprecio de la militancia. Cuando le tocó timonear la nave, apuntaló la formación teórica y práctica de los periodistas, convencida de que solo el conocimiento les permitirá cumplir a cabalidad su papel de guardianes de la libertad de prensa y la democracia informativa.

Educar encajaba en sus intereses. Había demostrado su amor por educar desde sus años de estudiante uasdiana. Una afición que reafirmará en el ejercicio de sus cinco presidencias del CDP, entonces ausentes de su horizonte inmediato. Su aplicación en el trabajo le valió, entre otros merecimientos, ser designada representante gremial ante

un congreso celebrado por la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) en Acapulco, México. Durante este evento, Mercedes se codeó con los más connotados dirigentes del periodismo progresista latinoamericano. En 1993 participa en las elecciones como parte del equipo de José Bujosa Mieses y gana su primer puesto directivo: la Secretaría de Educación, hasta entonces ocupada por Dania Goris, su mentora. La elección, como la confianza, estaba justificada. El trabajo común las abrió a una comunicación teñida desde el principio con los colores del afecto.



José Bujosa Mieses (El Chino), veterano periodista gremialista, expresidente del CDP y presidente *ad vitam* del Marcelino Vega (MMV), quien ha alcanzado importantes conquistas profesionales y sociales a favor del gremio de periodistas.

—Mercedes era una muchacha grande, siempre lo será; en cierto modo, un poco cándida: cree que todo el mundo es bueno, que está en su misma línea. Suele darse a los demás sin ambages, sin medias tintas ni engaños. Muy puramente, como lo hacen los niños. Le notaba esa cualidad en la que se parecía un poco a mí, que no he querido nunca convertirme en una persona añeja. Creo que por eso coincidíamos mucho, porque teníamos esa condición básica.

La simbiosis en el gremialismo permitió a Dania Goris medir la potencialidad de su pupila. En una institución donde los hombres reinaban casi absolutamente, la emergencia de una mujer con las capacidades para timonear la nave se convirtió, a contrapelo de todo propósito consciente, en un proyecto. Pero la duda paralizaba a Mercedes. A diferencia de la generalidad de sus colegas, ella convirtió en verdad personal el juicio prejuicioso de unos pocos, para quienes su falta de ejercicio profesional anulaba el peso de sus avales académicos.

—Ella no percibía sus propias cualidades, pero yo sí las detecté y la empujé persistentemente a optar por un cargo electivo. Le decía: «Lánzate a buscar la presidencia, porque haciendo es que te vas a dar a conocer». Nos miraba a nosotros, poseedores de una historia más larga y pública, y ella, de extracción muy humilde y de pocos recursos económicos, se sentía en desventaja. Emilio Herasme Peña, Danilo Rodríguez y una serie de periodistas con bagaje. Refutaba sus alegatos de impericia diciéndole que todos aquellos que habían dirigido el gremio hasta ese momento, comenzaron sin saber nada. «Tienes un potencial grande y sé que en el futuro eso se verá», le decía. Creo que mi insistencia sirvió de acicate y la llevó a iniciar su carrera y a descollar. Se ha dado grande, Mercedes.

Dania Goris describe el talante entrevisto: suficientes garras para manejar un gremio que, como los de otras profesiones, ha estado siempre atravesado por el conflicto que generan los intereses en pugna y por la pareja demanda de sus miembros

de encontrar respuesta a sus necesidades laborales y personales. Junto con la capacidad de lidiar con los problemas, Mercedes ofrecía también su empatía. Un liderazgo suyo no tendría fisuras o tendría muy pocas.

Sus augurios se cumplirán. En 1995, aupada por el Movimiento Marcelino Vega, Mercedes llegaba a la presidencia del Colegio Dominicano de Periodistas, pero tuvo antes que pagar su precio en forma de ataques despiadados de adversarios desconcertados por la fuerza imprevista de su ascendiente sobre las huestes gremiales.

—Ser mujer, negra y pobre es una maldición en esta sociedad. Ha habido avances, pero en 1995, cuando gané por primera vez las elecciones, no se entendía mucho que una mujer liderara una institución. No tenía el abolengo de Huchi Lora, de Juan Bolívar Díaz, etc., pero los periodistas valoraron mi trabajo, no el nombre profesional que pudiera haber hecho. Insisto: soy pobre, mujer y negra, y pese a esos tres factores, la inmensa mayoría me apoyó. Desde luego, hubo un grupo de colegiados que me denigró, que cuestionó mi honestidad y proclamó que yo no los representaba. Hombres y mujeres periodistas que aspiraban a la presidencia gremial y nunca pudieron alcanzarla. Se referían a mí con epítetos discriminatorios; me decían «ratona», «chancletuda», aludiendo a mi pobreza. Lo triste era que muchos de los que así actuaban tenían una procedencia social tan pobre como la mía, aunque habían

logrado obtener dinero, mientras que yo vivía en la misma casa de barrio en la que aún vivo.

Dania Goris evalúa estas dificultades desde un ángulo distinto, pero complementario. El éxito de Mercedes ha tenido mucho de camino cuesta arriba, como es experiencia de todas las periodistas que han despuntado, fruto de la necesidad masculina de evitar que el brillo de la mujer opaque el de los hombres. Al final, debieron aceptar la verdad, que no es otra que «a pesar de las críticas, de pensar que su origen humilde no favorecía su acceso a cargos de tanta distinción como los que ha tenido, ella ha demostrado ser una mujer de gran reciedumbre, de metas grandes y a largo plazo, y capaz de prestar oídos sordos a las críticas, de taparse la cara para no mirar aquellas cosas que no le permitían fluir con la vida y dejar que su crecimiento fuera como ha sido».

De manera espontánea, sin ser deuda ni designio, Dania Goris se convertirá en una especie de consejera de Mercedes para un mejor desempeño de sus responsabilidades. Favorecía este trato la receptividad de la que Mercedes ha hecho siempre gala, su disposición a escuchar y aceptar puntos de vista diferentes. Los consejos, que no han faltado cuando han sido pertinentes, fueron espaciándose en la medida en que su liderazgo crecía y se consolidaba. Mercedes había aprendido a caminar sola.

La independencia de la dirigente, ganada a pulso, no distendió los vínculos. Amigas personales han sido desde entonces, animadas por el sentimiento de pertenencia a una parte de la sociedad, la femenina, obstaculizada en su ascenso de cualquier índole por una cultura social que la desfavorece y le causa dolor y angustia.

—Fue muy torpedeada. Siempre lo ha sido. Sin embargo, al final, lograba sus objetivos, lo que quiere decir que está hecha de un material especial. No fui testigo de discriminaciones por su color de piel, por ejemplo, pero las percibía; también por su forma de vestir. Cada una, en nuestro momento, hemos pasado por situaciones similares, por eso nos protegíamos mutuamente. Mercedes ha sido un hermoso ejemplo de resistencia, sabiduría y temperancia. Admiro mucho estos rasgos en ella. Echando una mirada a ese pasado que comienza a estar lejos, Mercedes rememora, a la par de los sinsabores que le provocó la discriminación social de que fue víctima, los estímulos que recibió de otra mujer, Magaly Caram, a quien conoció a través de los programas educativos en los que Profamilia involucró al Colegio de Periodistas Dominicanos alrededor de 1993. Convencida del poder de las mujeres, activista por sus derechos, Magaly Caram la alentaba a desoír las voces agoreras y descalificadoras. «Tú sí puedes, tú tienes la capacidad», le decía a la titubeante joven en la que, al igual que lo hizo Dania Goris, adivinaba las condiciones para dirigir el gremio. Mercedes decidió escucharla y, venciendo sus temores, retarse a sí misma.

—Ella me dio el impulso, me convenció de que podía aspirar a la presidencia del CDP, de que las mujeres no debíamos tener miedo a disputar por los espacios de poder. Derroté a todos los hombres que me adversaron y me gané la malquerencia de los derrotados y de una parte de sus seguidores. Una hostilidad que, aunque muy disminuida, se prolonga hasta hoy. Por ejemplo, cuando me distinguieron con la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, recibí de mis colegas una avalancha de felicitaciones; pero de algunos de quienes las esperaba, hoy muy bien posicionados, todavía no llegan. Entre esos colegas ausentes hay algunas mujeres, y eso duele.

La matrícula gremial volverá a elegirla presidenta para el período 1997-1999. Su estilo de dirección, basado en la cercanía y ajeno a la verticalidad, la hizo acreedora del respeto, pero también del cariño personal, de una masa periodística incrementada por la apertura de una ingente cantidad de medios locales y provinciales en sus distintas modalidades que, ya en esa época, comenzaban a

Mesura frente al embate

Dania Goris, que ve en Mercedes una hermana en los afectos, ha sido testigo de muchos de sus momentos difíciles.

«Ella ha reaccionado siempre con elegancia, con madurez. De una manera reflexiva, lo que le ha permitido sortear esos caminos, porque nunca se ha llenado de veneno o de odio contra un compañero. Entiende que los periodistas tenemos distintas opiniones, distintas formas de ver las cosas, y ha sabido respetar esas opiniones y dejar que la vida siga su camino y demuestre dónde está la verdad que, en definitiva, es lo que todos los periodistas queremos.

erosionar el predominio local de la gran prensa. Al final de este segundo mandato, se retirará del quehacer dirigencial por seis años, tiempo que no será suficiente para desterrarla del favor de quienes veían en ella una permanente opción de triunfo del Movimiento Marcelino Vega y una militante capaz de conducir al gremio por los mejores derroteros programáticos.

—En 2005 el Marcelino Vega no tenía un candidato potable, y un grupo de compañeros y compañeras volvió a pensar en mí, y acepté la propuesta de volver a representarlo en las elecciones. En esa época no tenía ni celular. Nunca he tenido ni siquiera un buen vehículo.

El que ahora tengo, un Toyota Camry modelo 1999, lo compré en 2017 en una subasta por ciento cuatro mil pesos, producto de un contrato publicitario en los medios de comunicación que dirijo. Ese es el vehículo que tengo todavía hoy. Mientras estuve fuera de la presidencia del CDP, fui presidenta de la junta de vecinos de mi barrio y eso se agregó a la lista de las discriminaciones en contra mía. Muchos consideraron que mi actividad barrial y comunitaria era incongruente con mi condición de periodista. He sido más discriminada por mi situación social que por ser mujer: vengo de la pobreza y

La verdad es lo que vale. Si en cinco oportunidades ella ha ocupado la presidencia del CDP es porque los compañeros han entendido sus puntos de vista, su razón en las cosas que decía».

Su ejemplo, afirma, llena de orgullo a todas las mujeres no solo a las periodistas, convencidas de que vale la pena darle todo por el desarrollo del país, de la familia y de las instituciones a las que se pertenece.

me mantuve en la pobreza mientras fui presidenta del CDP porque no fui a buscármela. Jamás he ofendido el honor de los periodistas ni de esta institución, ¡nunca! Nadie encontrará una carta escrita por mi pidiendo un apartamento, si bien los gestioné para los periodistas. De la misma manera en que fui firme en la defensa del ejercicio. Durante los primeros períodos peledéistas, muchos funcionarios parecían no entender el papel que la prensa juega en la sociedad; no hubo comprensión entre esos representantes del poder y la prensa. Repito, no todos los funcionarios entendían nuestra función, y a cada momento teníamos que salir en defensa del ejercicio y de la dignidad de los periodistas.

En su anecdotario está la sentenciosa afirmación de un colega de que sería incapaz de bregar con «los lobos» que ensordecían las asambleas con sus aullidos. La desmintió de manera rotunda. Desde el primer momento, supo poner las cosas en su lugar. A la opinión destemplada, opuso la desarmadora contundencia de sus hechos; a la vocinglería divisionista, respondió con su propuesta de unidad en torno a propósitos y metas. Sus cinco presidencias legaron al CDP numerosos acuerdos con instituciones académicas que facilitaron a los periodistas cursar estudios que enriquecieron su formación y les permitieron, como los derivados del convenio con el Instituto Tecnológico de las Américas (ITLA), abrirse al mundo digital desde una perspectiva más compleja y productiva que la ofrecida por el rutinario tecleo en una computadora de la redacción.

Con un olfato sensible a los déficits, promovió también cursos de actualización gramatical que remediaron las carencias de la personal historia académica e hicieron posible la buena redacción de las notas periodísticas. Parejamente, en la agenda de realizaciones del CDP bajo su mando se asentaron talleres, seminarios y congresos sobre temas de interés de los periodistas, desafiados por las nuevas tecnologías, la supresión de empleos, los bajos salarios, la ausencia absoluta de seguridad social, el intrusismo y la amenaza a la libertad de conciencia por la espada de Damocles de la concentración de los medios. —He sido siete veces presidenta: cinco del CDP y dos del Instituto de Previsión y Protección del Periodista (IPPP). La única mujer. A veces no sé si todas las penurias que pasé, esa niñez y esa adolescencia tan difíciles, tan ásperas y tóxicas, no saber qué es la niñez, porque nunca jugué, nunca me celebraron un cumpleaños; esa vida tan dura en la que tuve que asumir tantos compromisos, no sé si construyó la armadura que me permitiría enfrentar lo que viniera. Aquí en el CDP lo he enfrentado todo.

Quizá porque llegó blindada de esa manera, soportó sin quejarse nunca el aumento de las precariedades materiales que derivaron de su ocupación exclusiva al trabajo en el gremio. Contrario a lo que pudieran pensar algunos, la dirigencia de la institución no es retribuida con un salario fijo. Apenas 20,000 pesos, «cuando aparecen», para gastos esenciales, pero insatisfactorios para cubrir demandas personales. Los ingresos que obtenía como profesora en dos universidades

—«cheles, porque no era dinero»— tampoco compensaban sus urgencias y las de su hijo. Permanente paradoja porque el cargo gremial la obligaba a una presencia social diversa y siempre debía «estar bien puesta».



Mercedes en ceremonia de juramentación de la directiva del Colegio Dominicano de Periodistas 2005-2007, donde fue electa presidenta por tercera vez.

Terminará oficiando el rito del aliño de la apariencia, no porque le prestara atención primordial o le importara en absoluto, sino porque encontró compañeras, como Dania Goris y Zunilda Fondeur, que asumieron que, si el CDP no podía sustentar su imagen, a ellas tocaba tenderle la mano. Comenzaron a fluir entonces ropa, zapatos, accesorios, cosméticos. En fin, todos los aditamentos que los códigos sociales identifican con la «buena presencia», el «prestigio» y «el buen gusto». En su caso, códigos y decorados innecesarios porque el reino de Mercedes no ha sido nunca el de las apariencias. Ni su conciencia ni su historia la autorizan.

A Dania Goris no le cabe duda alguna de que Mercedes no es inmodesta cuando enumera sus logros de gremialista. Más bien al contrario, piensa que posiblemente, cohibida por el pudor, se queda corta en la ponderación. Porque lo cierto es que, durante todos los años consumidos en el servicio a los periodistas, antepuso su deber ser ético a sus particulares problemas.

De lo que sí no está segura es de que, tras cinco presidencias del gremio, Mercedes no quiera volver en el futuro, atada como está a la existencia institucional. Para ella, el CDP es la realidad alrededor de la cual gira, el dínamo de su cotidianidad y, extremando un poco el juicio, su razón de ser.

—Ha sido una trabajadora incansable. No había tormenta ni problema que Mercedes no saliera a resolver a favor del gremio periodístico. Su desempeño ha demostrado que, a pesar de sus circunstancias, ha podido y sabido llevar su carrera profesional, sus responsabilidades de madre soltera, que no es fácil, en medio de las precariedades, de las inequidades que se encuentran en el camino de la vida. Y no solo lo ha logrado en el CDP, porque su trabajo se proyecta a la sociedad. Mercedes se ha convertido en ejemplo junto a otras mujeres periodistas que, como ella, tienen un origen humildísimo y, no obstante, han podido descollar. Cuando digo esto pienso en mi madre Pía Rodríguez, un caso muy parecido al de ella.

Nacida en Santiago, a orillas del Yaque, divorciada temprano y con dos hijas, luchó hasta demostrar que valía.

Su relación con Aurelio Henríquez, un cercano amigo y colaborador, comenzará en la época en que, tras la salida de Dania Goris de la Secretaría de Educación del CDP, ella la sustituyera. Corría el año 1994, evoca quien, como ella, ha dedicado sus mejores años al gremialismo.

—Cuando gana por primera vez las elecciones en 1995, nos propone a mí y a la compañera Bienvenida Muñoz hacernos cargo de la edición del periódico del CDP con el incentivo de una pequeña comisión de lo recaudado por publicidad. Así empezó un vínculo que ha sobrepasado lo gremial para instalarse en lo privado. Somos verdaderos amigos y eso involucra también a nuestras familias.

La mutua simpatía es alimentada por la coincidencia en valores y conductas. La honestidad con la que ambos actúan es la argamasa que los une, junto a otros rasgos de carácter que les facilitan sortear, juntos o por separado, los avatares del quehacer gremial y de la vida personal. Ninguno de los dos es «mecha corta»: todo lo que encaran es analizado con detenimiento y, solo después, respondido. La prisa no los apremia ni aun en momentos en que el mundo ha parecido disolverse frente a sus ojos.

Él le atribuye una característica singular por infrecuente: su desprendimiento sin cuenta. Nada lo disfruta en solitario: desde un dulce o la comida hasta el dinero que le escasea en el bolsillo. Absolutamente todo, porque su placer es compartir, aunque se quede sin nada.

—Esa es una de las razones por la que, en ocasiones, pasa por dificultades: da lo que no tiene. Y es muy cuidadosa, extremadamente cuidadosa, a la hora de aceptar regalos de terceros sin que haya una justificación explícita. Al principio era mucho peor. Es también muy tenaz. Estando en campaña, recorríamos todo el país. En medio de la de 1997, cuando aún no comenzaba la parte dura, se fracturó un pie y tuvo que recluirse en un apartamento que le facilitó Fanny Sánchez en la avenida Bolívar, y desde ahí continuamos trabajando por su candidatura, que terminará ganando.

La opinión de Aurelio Henríquez es compartida por Juana Ramírez, amiga y secretaria del CDP. Para ella, el desinterés que caracteriza a Mercedes es «difícil de explicar». Lo es porque se prodiga incluso sin razón aparente y sin cálculo de riesgos, como si respondiera a un destino misional. En el ámbito profesional, añade, durante las cinco ocasiones en que presidió el gremio, situó a los periodistas, como conglomerado e individualmente, en el primer lugar de sus prioridades. Convencida de que el dirigente debe darlo todo y «sacar de abajo» en cualquier circunstancia, se entrega enteramente, incluso por sus antagonistas.

—El CDP no tiene con qué ni cómo pagar los servicios que le han prestado quienes lo han dirigido a lo largo de su historia, pero mucho menos puede pagar los servicios de ella. Lo ha hecho con tanto amor, tanta sencillez y dedicación que llegué a decirle, no siempre en broma, «usted se va a morir aquí adentro». Como mujer, ha vencido todos los obstáculos que se interpusieron en su decisión de hacer un buen trabajo. No porque careciera del medio o los recursos dejaba de hacerlo. Por ejemplo, si durante su gestión, o fuera de ella, como lo he visto ahora, un periodista enfermaba, le pedía algo o ella se enteraba por otras vías de que pasaba por una situación difícil, estaba siempre ahí para acompañarlo.

Así como Dania Goris vislumbró las condiciones de lideresa que la llevaron a auspiciarla en las filas del gremio, Aurelio Henríquez le brindó su apoyo porque sintió la fuerza de «un carisma especial que pocas mujeres tienen»: es atrevida, comparte, convence, se enfoca en lo

De hecho y de derecho

Tras el talante apaciguador de Mercedes subyace una energía a primera vista insospechada.

Parecería que está únicamente destinada a la sonrisa dulce, a la palabra dicha en voz baja, como si temiera que las vibraciones del tono rompan el equilibrio del ambiente.

Visión equivocada porque, junto a esos atributos, posee el de la recia convicción de que, puesta a dirigir, le toca hacerlo plenamente.

«La mayoría de los hombres no se sienten cómodos siendo dirigidos por una mujer —dice—, pero me

que quiere y busca las alternativas que le permitan concretarlo, pero el olvido de ella misma ya aludido es una de sus debilidades.

Cuando en 2009 termina su cuarta presidencia del CDP, Mercedes sale de la institución «con una mano delante y otra atrás»: sin empleo, sin posibilidad de encontrarlo en lo inmediato, editando una revista sin recursos y, sobre todo, enferma. Porque la salud ha sido otro de sus desafíos a lo largo de la vida: los problemas cardiovasculares y la diabetes conforman el binomio que la ha acercado más de una vez a la posibilidad de morir.

Aurelio Henríquez la sustituirá en el cargo y dará continuidad a las gestiones iniciadas por ella para que fueran pensionados periodistas de larga data que, en esos momentos, se encontraban en condiciones de vulnerabilidad, ya por carecer de recursos suficientes para costear necesidades básicas, ya por padecer enfermedades crónicas o terminales que los incapacitaban.

hice aceptar con base en la razón. Desde mi llegada hacía saber que era presidenta de hecho y de derecho. Decía muy claro que, en esos dos años, la última palabra la tenía yo. Coordiné con todo el mundo, pero la presidenta soy yo».

Así lo hizo valer en cada ocasión en la que fue necesario. Piensa que haber actuado de otra manera hubiera expuesto a una peligrosa laxitud los vínculos institucionales y desdibujado la figura de la presidencia gremial. Previno y no tuvo que remediar.

En conversación con el entonces presidente Leonel Fernández, los directivos del gremio aportaron la documentación que justificaba el otorgamiento de las pensiones especiales solicitadas al Ejecutivo. Entre los expedientes sometidos estuvo el de Mercedes. El cometido rindió frutos, y a partir de ese momento ella comenzó a recibir una pensión de apenas treinta mil pesos al mes.

Los muchos años transitando juntos los caminos del gremialismo, han hecho crecer en Aurelio Henríquez la admiración por su coraje frente a las adversidades y por la ecuanimidad con la que ha dado la cara a la oposición, por lo general feroz y desconsiderada, de quienes, desde su despunte en 1995, la convirtieron en diana de sus dardos. Él recuerda, no sin emoción, episodios que radiografían la intensidad del encono.

—En una ocasión, el administrador de la Lotería, José Francisco Peña Guaba, le donó al CDP un millón de pesos para financiar un centro de acopio de alimentos en beneficio de los periodistas. Ella fue muy medida en el uso de ese dinero, pero el grupo de opositores consuetudinarios comenzó a propalar el infundio de que lo había gastado en provecho propio. Los demás dirigentes la instábamos a no prestar oídos a lo que decían y le aseguramos nuestro respaldo. Posteriormente, el CDP negoció con una telefónica la colocación de una antena en el techo del edificio por una

contraprestación económica. Esto también fue motivo para que se desarrollara contra ella una campaña bestial.

Los adversarios pasaron de las palabras a los hechos: en varios momentos convocaron a sus adeptos a manifestarse frente al CDP lanzando zapatos contra una foto ampliada de Mercedes mientras gritaban improperios. El llamado «zapatazo», una expresión árabe de desprecio, se había puesto de moda en el país como expresión de protesta contra la corrupción y los corruptos. Mientras esto ocurría, Mercedes descendió de sus oficinas y, sin perder la calma, se asomó a las puertas del local, coherente con su vocación dialógica y unitaria. Si en ese y otros momentos similares sus oponentes esperaron sacarla de sus casillas, fracasaron. Los años y la constatable probidad de la dirigente fueron poniendo las cosas en su lugar al punto de que un día, durante el oficio de una misa en la iglesia La Paz con ocasión del Día del Periodista, Rafael G. Santana (†), uno de sus más encarnizados oponentes y artífice de no pocos actos ofensivos, se acercó a ella y le pidió perdón. Aurelio Henríquez no minimiza el daño que causan estas truculencias, pero las toma como parte del precio que hay que pagar.

—Entre nosotros no todo es coincidencia. Tengo diferencias con ella, lo mismo que las tengo con Olivo de León, pero las dialogamos hasta encontrar la salida que consideremos más apropiada. En estas situaciones, ella juega siempre un papel conciliador fundamental. Por conocerla como la conozco,

he rechazado siempre las objeciones que los sectores conservadores de la sociedad o grupos internos del CDP le hacen por cuestiones tan triviales como la forma en que se viste o se peina. Lo paradójico es que mientras le enrostran estas cosas, quienes aspiraron siempre a sustituirla no actuarían con su desprendimiento. Ella ha trabajado a cambio de nada; distinto a muchos que se acercan al CDP con la intención de aprovechar la proyección social que ofrece el gremio.

Para Aurelio Henríquez en la historia gremial está impresa la huella de la vocación dialogante y equilibradora —que no equilibrista— de su compañera y amiga. Gracias a ella, lo recalca, las crisis que asomaron en el horizonte del CDP se deshicieron sin dejar rastro.

Olivo de León completa el trío que, gracias a las coincidencias ideológicas y prácticas en el gremialismo, han compartido experiencias vitales que los hermanan. Como Juana Ramírez y Aurelio Henríquez, él también entabló una relación cercana con Mercedes en los salones del CDP. Ella, cuando ocupaba por primera vez un puesto directivo en el segundo quinquenio de los años noventa; él, todavía estudiante de la carrera de Periodismo, deseoso de insertarse en ese mundo más formal y prestigiado del gremialismo, que lo atraía como un imán. Para entonces, militaba en las filas del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa, que reunía en su seno todas las categorías conexas al periodismo.

—Comencé a trabajar en los medios cuando cursaba el segundo semestre de la carrera y por esa vía me vinculé a las cuestiones gremiales; comencé a asistir a las reuniones, a las actividades, a los llamados «viernes de la prensa», a las asambleas, y fue entonces cuando comenzamos a ser amigos. Era una época, podríamos decir hoy, un poco romántica porque pensábamos que, como periodistas, teníamos la oportunidad de transformarlo y cambiarlo todo, pese a las advertencias en contrario de personas más avezadas, como la jueza María Rosa Belliard, a quien conocí cubriendo la fuente de la Justicia. La verdad es que, cuando iniciábamos el ejercicio de la profesión, nos sentíamos con fuerza para hacer muchas cosas.

Como los demás colegas que le preceden en el testimonio, comienza a hablar sobre la Mercedes gremialista casi con iguales palabras, elevando la ética solidaria a rasgo distintivo de su liderazgo. A esta solidaridad, que presume innata, agrega su permanente disposición «a dar la cara», fueren cuales fueren las circunstancias. A no callarse nunca una opinión, aunque la defiende con meticuloso cuidado para evitar herir a sus interlocutores o contradictores. Así, recalca, fue emergiendo como promesa de un gremialismo urgido de conductores capaces de interpretar las coyunturas y de llevar al CDP a navegar aguas calmadas.

—Mercedes había desarrollado una magnífica labor en el área de Educación. Todos la vimos trabajar sin descanso, organizar

paneles y actividades, viajar por todo el país, crear lazos muy sólidos con las bases de la organización, ofrecerse voluntaria para solucionar conflictos y buscar salida a todo tipo de situaciones. De ahí que cuando en 1997 reveló sus aspiraciones de mantenerse en la presidencia del CDP, una parte mayoritaria de la militancia le brindó su apoyo y ganó abrumadoramente. Desde que se aprobara la nueva ley de colegiación en 1991, la irregularidad en los pagos de las empresas periodísticas fue la norma. Las arcas del CDP sufrían por ello. Mercedes no dio tregua y, tan pronto como fue posesionada por primera vez presidenta del gremio en 1995, comenzó a trabajar para que lo acordado en la ley se cumpliera. Olivo de León recuerda que, para lograr este propósito, del que dependía la supervivencia del gremio, se celebraron varias reuniones con ejecutivos de medios y se allanó el camino para que los periodistas colegiados autorizaran el descuento de la cuota por nómina.

—En ese momento era secretario general del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa y en mi labor periodística cubría la fuente del Palacio. Leonel Fernández era presidente de la República. Me acerqué a él para proponerle la firma de un convenio entre los gremios periodísticos y su gobierno en el que se estableciera una serie de facilidades para los periodistas. Se daban entonces muchas situaciones preocupantes, como la de periodistas que, por sus condiciones económicas, no podían pagar las facturas de los servicios médicos que recibían, obligándonos a peregrinar para recolectar ayudas. En la

propuesta de convenio al presidente Fernández le planteamos ocho puntos, entre ellos ese: que el Estado cubriera la deuda médica de los colegas sin posibilidades de asumirla.

Otras propuestas estaban directamente relacionadas con necesidades menos apremiantes: importación de vehículos libre de impuestos; asignación de vivienda en los proyectos habitacionales gubernamentales a través de los gremios y el otorgamiento de pensiones a los periodistas que, nuevamente por sus condiciones socioeconómicas, calificaran para el beneficio.

—Tras la presentación del proyecto de convenio, Rafael Núñez, que ocupaba la Dirección de Prensa de Palacio, comenzó a llamar a Mercedes, pero esta tardaba en responder sus llamadas debido a las muchas ocupaciones que tenía. La insté a comunicarse con Núñez y se concretó la primera firma del acuerdo, en mayo de 1997, a nombre del CDP, que ella encabezó; y una segunda, en julio, con el SNTP. A partir de ese momento comenzaron las exoneraciones y el otorgamiento de viviendas, ambos logros de su gestión. Otros se cumplirían en un «después» que tomará varios años.

Menos exitoso resultó el acuerdo firmado con el Banco Popular para beneficiar a los periodistas con tarjetas de crédito en un momento en que, todavía, el dinero plástico no se había masificado y permanecía como privilegio de grupos sociales reducidos. Numerosos fueron los periodistas

que, amparados en este acuerdo, poseyeron por primera vez este medio de pago. Diversas circunstancias congelarían las futuras emisiones.

Durante su tercera presidencia iniciada en 2005, la mirada de Mercedes recorría con preocupación las condiciones físicas del CDP y no las encontraba adecuadas para las expectativas de la militancia de contar con un escenario acogedor para el intercambio social y las actividades propias de la institución. Situado frente al mar Caribe, el local sufre aceleradamente los estragos del impiadoso salitre.

Nada sobrevive mucho tiempo en condiciones apreciables. El remozamiento empezado por Héctor Luzón, su antecesor en el cargo, se había quedado a medio camino y urgía retomarlo. ¿Quién sino el presidente Fernández podía arrimar al hombro a una institución desprovista de recursos para renovar su estructura? Mercedes consultó con sus colegas dirigentes la idea de solicitarle al mandatario este nuevo favor al gremio y encontró su refrendo. El gobierno accedería a la solicitud y, pocos meses después, durante un acto al que asistió el mandatario junto a la entonces primera dama Margarita Cedeño, el gremio celebró la fiesta de su reinauguración.

erá también durante este tercer período, cuando el gobierno de Fernández concede las primeras pensiones, uno de los puntos en la lista de peticiones incluidas en el acuerdo firmado en mayo de 2007. Desde entonces, cada año, un

grupo de periodistas ha sido favorecido, hasta rondar, a la fecha, quinientos en todo el país. El número de viviendas asignadas es aún mayor: más de 700 unidades han sido entregadas a periodistas que, de otra manera, recalca Olivo de León, no hubieran podido nunca tener un techo por sus propios medios. Respecto a las exoneraciones de vehículos, «todo el que quiso» trajo uno desde el exterior. Muchos de los favorecidos, reconoce, vendieron la «facilidad», y con el dinero obtenido compraron vehículos más modestos que el solicitado en importación y solventaron otros gastos.

Como presidenta del IPPP, que ocupó en dos ocasiones (2013-2015 y 2015-2017), Mercedes trabajó para reforzar la gestión del CDP mediante proyectos que, como el del seguro médico, significaron un importante paso en la dignificación de la vida de los agremiados.

—Las gestiones de Mercedes al frente el IPPP son también destacables en muchos aspectos: editó la revista Acción Social para el Periodista. Percatada del interés de los colegas en los viajes al exterior no solo para el disfrute, sino también para el conocimiento, promovió con mucho éxito el turismo interno e internacional. También reforzará un plan que se venía desarrollando desde antes: las asignaciones económicas a los periodistas para solventar urgencias. Comenzamos dándoles mil pesos a los colegas; pero al lograr el IPPP bajo su presidencia una recaudación mayor,

la asignación mensual se elevó a tres mil pesos, gracias también a las aportaciones gubernamentales.

Ni un solo centavo de ese dinero es entregado al azar. Rigurosa en el gasto, Mercedes conducía una evaluación que no dejaba dudas de que las condiciones de precariedad del solicitante ameritaban el auxilio. Generosa y solidaria, sí, pero no manirrota. A la par, el instituto bajo su mando gestionó la salida a peticiones puntuales formuladas casi a diario porque si de algo padece la extensa militancia del gremio es de condiciones laborales que apenas cubren sus carencias más básicas. Es esta mezcla de militancia estratégica y altas condiciones humanas, coincide nuevamente Olivo de León, la que han permitido a Mercedes cultivar el aprecio de los periodistas. De la mano de este aprecio ha transitado más de treinta años de historia gremial sin que ningún escollo haya sido insuperable.

—Durante su última gestión, la quinta, Mercedes continuó desarrollando planes y proyectos muy ambiciosos pese a las paralizantes condiciones en las que le tocó presidir el CDP: la pandemia de COVID-19. Una de sus decisiones fue solicitar una reunión con el presidente Luis Abinader para explorar la solución a los múltiples problemas encontrados por su gestión. Uno de ellos fue, precisamente, la remodelación del local, nuevamente en condiciones infraestructurales penosas. Él nos pidió buscar por nuestras propias vías la

persona idónea para el rediseño; pero, como siempre, ella, evitando «meter la pata», solicitó una reunión a Compras y Contrataciones para determinar todas las exigencias de ley para la asignación de la obra, incluido el concurso. Tras la tranquilizadora explicación de las peculiaridades del caso hecha por la entidad, buscamos quién hiciera el rediseño y se le entregó al presidente Abinader. Cuando Mercedes abandona la presidencia en 2021, el proyecto todavía no había comenzado, pero cuando se concrete, no importa el tiempo que transcurra, será otro de sus logros.

Olivo de León recorre los mismos caminos valorativos de sus colegas: mediante una actividad gremial que ni siquiera sus más enconados adversarios han podido menoscabar, Mercedes ha conquistado para los periodistas estándares laborales y profesionales que mejoran la calidad de sus vidas. Ella ha aportado «de manera material, de manera espiritual, parte importante de ella misma».

Lo dice convencido. Se inscribe voluntario en el bando de quienes entienden que «la vida del ser humano se identifica con el tiempo, que somos el tiempo y nuestra vida es el tiempo, porque sin tiempo y sin el espacio no podemos concebir lo que somos y lo que hacemos». El colofón de la reflexión es que «quien le entrega su vida a una causa, en este caso a este tipo de gremio que solo deja es enfermedades, cansancio, desgaste», dona a la institución y a sus miembros lo más preciado que tiene: las energías productivas, el momento del particular

despliegue, sin otra retribución que el íntimo orgullo de haber cumplido con el deber escogido.

El valor de la consagración al gremialismo de esta mujer se dimensiona a los ojos de Olivo de León cuando pone sobre el tapete dos condiciones que también señalan otros: su enfermedad diabética, hipertensiva y renal y su carencia de medios. No apuesta su juicio a cara o cruz, pero sospecha que la salud de Mercedes ha sufrido un mayor deterioro a causa, precisamente, de su labor gremial sin pausa.

Las actividades directivas de ambos se han entrecruzado siempre, obligándolos, aunque no fuera necesaria ninguna circunstancia especial o externa, a empujar en una sola dirección para sacar a flote los proyectos gremiales. Tiempo y cercanía ha tenido de sobra para apreciar la reciedumbre moral y ética de Mercedes, además de sus dotes poco comunes para concitar el consenso. Pasando revista al último período en que ella fue presidenta de la

El valor de la unidad

Ducho en las luchas gremiales, Olivo de León aprendió temprano el valor de la unidad.

«En el periodismo, como en todas las áreas de la vida, sobre todo en la actividad gremial, que es gratuita, honorífica, colectiva, que haces porque te sientes bien con ello, es imposible lograr o hacer muchas cosas solo. Siempre se necesita un equipo, que nunca será grande porque no mucha gente está dispuesta a la gratuidad del trabajo, a poner sus recursos a cambio de nada.

Mercedes ha formado siempre equipos para sacar adelante los proyectos, se

entidad, Olivo de León no puede menos que rendir tributo a las habilidades de Mercedes para conjurar el riesgo de que la crisis pandémica convirtiera al CDP en la sombra de sí mismo.

Como a Aurelio Henríquez y a Juana Ramírez, a él le tocó ser testigo de primer orden de aquellos momentos en que, a la incertidumbre personal, para el equipo encabezado por Mercedes se añadía el reclamo de colegas afectados, ellos o sus familiares, por el COVID-19. La maraña de gestiones que exigía dar respuesta a los reclamantes de atención era agotadora: contactar a las autoridades de Salud Pública, desbordadas por el número y letalidad de los contagios; hacer que enviarán personal a aplicar la prueba y, si resultaba positiva, asegurar la asistencia inmediata al periodista enfermo.

Mal que bien, lo lograron, y muchas vidas de periodistas se salvaron gracias a esta intervención en ocasiones desesperada. Cuando llegaron al país las primeras vacunas, se inició la inmunización en el local y en todos los pueblos y ciudades

ha dejado ayudar. Le ha abierto las puertas a toda la gente que ha querido colaborar en las tareas del CDP bajo su presidencia.

En cualquier gremio, y me atrevería a decir que más si es de periodistas, toda persona que destaca se arriesga a que le corten la cabeza, o por lo menos a que se la golpeen para que la esconda, no la levante. Ella ha sufrido mucho por esto.

Mercedes supo construir un liderazgo permanente, que está ahí en cada ocasión en que se toca su puerta. Aunque no esté dirigiendo, siempre está presente. Un liderazgo fuerte porque ella sembró y, aunque muchos no lo agradecen, sus

donde el CDP tiene presencia. Mercedes terminará contagiada y, por sus patologías preexistentes, al borde mismo de la muerte. Más de siete mil periodistas y familiares recibieron la vacuna gracias a estas gestiones en las que, bajo su liderazgo, la dirigencia gremial logró lo que parecía imposible.

—Cuando pasaron los meses del encierro, Mercedes nos reservó otra sorpresa. Poco cercana hasta entonces a lo digital, porque pertenece, como yo, a la escuela analógica, se metió de lleno en ese mundo y aprendió rápidamente. Ejecutó un programa grandísimo, inmenso, de talleres, cursos, seminarios, encuentros y hasta celebró asambleas a través de esta vía. Las expectativas quedaron más que superadas porque nunca pensamos que en un período de encerramiento, de tantas limitaciones (incluida la parte económica, porque los medios dejaron de pagar al ver sus propios ingresos drásticamente disminuidos), podríamos salir adelante como lo hicimos. La vida seguía y nosotros teníamos que actuar, no podíamos detenernos. El uso que entonces hizo Mercedes de lo digital ha pasado a formar parte de la cultura del CDP.

logros concretos a favor de los periodistas son indesmentibles».

Pese a su retiro de las estructuras directivas, Mercedes y Olivo de León siguen habitando el imaginario de la militancia como la dupla que, durante estos últimos treinta años y junto a Aurelio Henríquez, ha sabido conducir con acierto al CDP.

Contrario a lo que podría esperarse en contextos tan competitivos —y conflictivos— como el gremial, el crédito

de apoyo con el que ha contado desde que en 1995 aspirara por primera vez a dirigir los destinos de la organización, no encerró a Mercedes en una campana de cristal. La vocación participativa que resaltan quienes han compartido con ella responsabilidades, éxitos y frustraciones, ha sido la argamasa de su vínculo con las bases. No se ha pretendido redentora ni mesiánica, sino circunstancial conductora de un propósito común que, por serlo, descansa en los hombros colectivos.

La mutua admiración personal y profesional entre Mercedes y Olivo de León hace pensar en una relación apacible, exenta de desavenencias. Ejemplo de coincidencias espontáneas que no dejan lugar a otra cosa que compartir plena y seguramente las visiones y los proyectos que ambos han ido creando en el transcurrir del tiempo. Se equivoca quien así piense. Los desacuerdos entre ellos han sido muchos y frecuentes.

—Mercedes y yo somos las personas que más pelean. Cuando estás identificado con una causa, con un proyecto, con algo, en definitiva, y te dedicas a realizarlo, es porque tienes una visión de eso y quieres que se dé de acuerdo con lo que entiendes más plausible. Pero llega el momento en que debes compartir tus criterios con otros y es entonces cuando se producen las discusiones. Mercedes y yo hemos vivido peleando todo el tiempo, confrontando nuestros enfoques sobre cómo hacer muchísimas cosas. Sin embargo, el cariño que hay entre nosotros nos obliga a cuidarnos las espaldas. Sí, hemos

discutido mucho y continuamos haciéndolo, aunque al final lleguemos siempre al acuerdo, como debe de ser. Lo repito: en muchas cosas tenemos visiones muy diferentes, pero el propósito de elucidar nuestras diferencias ha sido siempre llegar a la meta de lo que queremos realizar y cómo hacerlo.

Un liderazgo empático

—No me explico cómo Mercedes ha soportado cinco veces la presidencia del CDP, con todo lo que eso implica. Quien ocupa esa posición tiene que bregar con muchas cosas, incluso personales, de los compañeros y compañeras. En ese sentido, ella ha tenido una gran reciedumbre; ha podido ser solidaria sin agotarse. He visto con mucho orgullo cómo se desdobra.

Más de dos décadas después de haber puesto su confianza en ella, Dania Goris repasa momentos cruciales en los que el liderazgo de Mercedes ha sido puesto a prueba. Uno de ellos, la ya mencionada pandemia de COVID-19. Preocupada por los estragos que pudiera provocar en las filas periodísticas, se agenció, junto a sus otros compañeros, la aplicación de pruebas y la vacunación de los miembros del CDP y sus familiares cercanos. Pese al riesgo que corría, contravino los protocolos que debía seguir para preservarse. En las frecuentes conversaciones telefónicas sostenidas durante esos días, Dania le encareció tomar distancia. «Dania, es mi deber, tengo que seguir haciéndolo. Tengo que seguir defendiendo a los periodistas», fue la reiterada respuesta.

No solo el local del CDP, donde se instaló un centro de vacunación, fue escenario de la atención que prodigó a la militancia. Cuando todo el mundo temía la cercanía física del

otro, ella visitaba a los periodistas contagiados para brindarles apoyo. Su conducta tuvo la consecuencia ya mencionada por Olivo de León: infectada, estuvo a punto de morir.

Aurelio Henríquez también revive el trance. Recalca que la sobrevivencia de Mercedes fue casi un milagro. Diabética, la COVID-19 encontró en ella caldo de cultivo. La glucemia le subió a 400 mg/dl y eso, obviamente, complicó su condición. Ingresada en el Hospital Militar Docente Ramón de Lara de la Fuerza Aérea, por instrucciones del presidente Luis Abinader, el pronóstico médico preocupó a sus colegas y compañeros del CDP. Pensaron, con razón, que la perderían. Su contagio se produjo cuando en el CDP ofrecía a sus miembros la aplicación de la segunda inmunización y, simultáneamente, administraba pruebas de PCR.

Juana Ramírez, su amiga entrañable, recuerda aquellas nefastas horas. En medio de su aislamiento, y consciente de que su estado de salud era crítico, Mercedes pidió verla. Cuando anunció que correspondería la petición, todos la calificaron de insensata. Las hijas le imploraron que no acudiera, que no echara sal a la herida de dolor abierta por la muerte del esposo y padre a causa de un infarto. «Me dije: si me contagio, amén». Tomó todas las previsiones y estuvo frente a su amiga, sola en aquella habitación hospitalaria sobre la que planeaba la muerte.

—Pienso que la palabra solidaridad se escribe con mayúscula en el caso de Mercedes Castillo. No quiere eso decir que no tenga defectos —dice Dania Goris—. Podría mencionar como uno de ellos su excesiva franqueza. Dice las cosas como las piensa y en ocasiones una tiene que morigerarse para mantener el equilibrio. No creo, sin embargo, que esta franqueza sea algo malo, es buena.

Aurelio Henríquez coincide con esta apreciación. Para él el liderazgo de Mercedes se define desde la empatía. Quizá no funcione para lograr metas muy altas, pero es pródigo en cercanía con la gente y opera como cohesionador en torno a ideas y propósitos. El despliegue de esta cualidad tiene un punto de apoyo: la influencia sobre los periodistas del Movimiento Marcelino Vega, del que ella es parte desde su fundación; una influencia que crece en las provincias. Se añade a su favor el espíritu de equipo que caracteriza las decisiones de este movimiento. En cada ocasión, la plataforma lima las posibles asperezas y se adecua a las circunstancias. Fue esto lo ocurrido, por quinta vez, en 2019, cuando reunidos en asamblea, los marcelinistas la escogieron como cabeza de la boleta electoral. Pese a su anunciada decisión de retirarse de las competencias gremiales y poner su experiencia al servicio de la forja del relevo dirigencial, Mercedes se lo pensó dos veces y, finalmente, aceptó.



Acto de juramentación de Mercedes como presidenta del Colegio Dominicano de Periodistas (CDP) y su directiva completa, periodo 2019.

—El CDP había decaído mucho; no estaba completamente desacreditado porque la presencia de Adriano de la Cruz sirvió de valladar a ese grado de deterioro de su imagen, pero todo estaba en el suelo. La institución perdió desde recursos hasta militancia. Por ejemplo, el cobro por la instalación de la antena en el techo del edificio se facturaba, pero no se cobraba. Perdimos no solo trescientos mil pesos que debían entrar por esta vía, sino que nos vimos precisados, por exigencia de la Dirección General de Impuestos Internos, a saldar el ITBIS. A esto se suma la pérdida de la asignación presupuestaria y la paralización de las actividades formativas y de otra índole. Entendimos que, dada la situación, urgía deponer diferencias y aspiraciones y escogerla a ella como garantía de recuperar el terreno perdido y para restablecer la confianza en la institución.

La pandemia de COVID-19 ralentizará los planes. En esas circunstancias no era posible dedicarse a otra cosa que no fuera idear cómo mantener a flote el CDP, lo que implicó tensionar al máximo las estructuras de la organización. Con Mercedes a la cabeza, el equipo se concentró en exigir el apoyo y la protección de los periodistas que, no obstante el riesgo, seguían cumpliendo su labor informativa.

—Les dije a los compañeros: «Tenemos dos opciones: o terminamos hundiéndonos con el Colegio o tiramos para adelante —recuerda Mercedes—. Las grandes tormentas, las grandes crisis, traen también grandes oportunidades. ¡Vámonos por el camino de las oportunidades!». Con el país clausurado, era imposible pensar en el desarrollo de actividades presenciales, así que nos abrazamos a la virtualidad. Dirigí el Colegio virtualmente: las reuniones del Comité Ejecutivo, los encuentros, los llamados «viernes de la prensa». Realizamos cuatro conversatorios para ayudar a los periodistas, sobre todo a

Desprendimiento absoluto

Aurelio Henríquez no sublima a Mercedes. Le reconoce déficits que, empero, no pesan más que sus virtudes. Lamenta, por ejemplo, el descuido de su propia salud, la incapacidad para organizar un régimen alimenticio que la ayude a sobrellevar su enfermedad y a controlar los riesgos.

Corta siempre de recursos, el compañero de tantos años en la lucha gremial la ha visto desprenderse de lo poco que tiene para darlo a alguien que, estima, lo necesita más que ella.

Contradictoriamente, es reacia a aceptar que la ayuden

los productores independientes, a replantear sus esquemas de negocio para lograr sobrevivir.

Uno de esos debates giró sobre los efectos de la pandemia en la economía del país y, en ese contexto, en la estabilidad de los periodistas y productores autónomos. El panorama no era halagüeño. Con la colaboración de profesionales, como el economista Antonio Ciriaco de la Cruz y el filósofo Andrés Merejo, así como los periodistas Helen Hasbún, Adalberto Grullón y Augusto Vásquez, Alex Jiménez, Persio Maldonado, Nelson Peralta, Alexi Martínez, José Beato y Olivo de León, el CDP organizó cuatro conversatorios para explorar opciones profesionales y económicas: desde la cooperativización de los medios hasta la creación de una agencia noticiosa. Ideas impracticables a corto plazo, pero que sirvieron para construir un promisorio abanico de posibilidades futuras.

a solventar sus carencias, incluso si quien le tiende la mano es persona de su más íntimo afecto.

«Cuando salió el año pasado de la presidencia del CDP le propusimos gestionarle un empleo en el gobierno y se negó rotundamente. Así es ella». Nominada por decreto presidencial en el Consejo de Administración del Consorcio Estatal de Radio y Televisión (CERTV), sus compañeros respiraron aliviados: por fin tendría un ingreso fijo y decente.

La decepción llegó pronto: el flamante cargo es honorífico.

Aunque parezca paradójico, y es algo que resalta Mercedes, la crisis pandémica abrió una brecha a nuevos bríos gremiales.

Como ninguna otra organización profesional, el CDP mantuvo activos a sus militantes y comenzó a sacudirse la modorra que le heredara la gestión anterior.

Parejamente, aprovechó la escasa afluencia de colegas a la sede para hacer algunas mejoras en la infraestructura, notoriamente dañada por los dos años anteriores de abandono, pero las cuentas estaban en rojo. Aurelio Henríquez, a la sazón tesorero del CDP, le propuso utilizar parte de sus ahorros personales para emprender la rehabilitación de los espacios más deteriorados, a condición de que Mercedes se comprometiera a devolver el dinero en un tiempo razonable. Ella no titubeó. Brillaron pisos, lavaron alfombras, higienizaron todas las áreas y retiraron del auditorio la madera que cubría las paredes, atacada vorazmente por la carcoma.

Comprometida con la estrategia del Movimiento Marcelino Vega, su conducción del CDP resistió siempre con éxito los intentos de politizar el gremio. Su quinta presidencia debió recomponer también este aspecto crucial, debilitado por las circunstancias en que se fraguó y obtuvo la victoria de su antecesor. Quedaba por delante, agudizado por el confinamiento colectivo y sus secuelas, el reto de agenciarse recursos para afianzar la tambaleante organización. En este aspecto fue menos exitosa. La administración no es su fuerte, y no porque dilapide lo mucho o poco disponible, cosa que jamás podrá serle imputada, sino porque carece de la habilidad

para estructurar proyectos rentables a mediano y largo plazo. En este aspecto, lo suyo es lo inmediato.

—Ella gestiona, pero para cosas puntuales —afirma Aurelio Henríquez—. Es decir, hace una actividad, solicita y obtiene apoyo. En eso nuestras dirigencias difieren: a mí no me gusta pedir, me gusta producir. Actualmente, y desde la presidencia que ahora ocupo, ejecuto una serie de proyectos que generan recursos.

No le reprocha esta impericia. Hay quienes no nacieron para producir dinero y ella es una de esas personas. Además, las muchas otras virtudes de su liderazgo quitan peso a esta falta de habilidad. Trabajando en equipo, como siempre lo han hecho, otros se encargan por ella y el CDP sale airoso. Las críticas de sus compañeros y compañeras serán siempre sanas y reparadoras.

Olivo de León, que como Aurelio Henríquez aprecia la vitalidad de su liderazgo, piensa que, si ella decidiera volver a postularse, saldría de las urnas nuevamente ganadora.

—Si quisiera, podría hacerlo, pero entiendo que está tratando de que otros tomen el relevo, y ella continuar como está ahora: sin ausentarse de manera total de su gremio, de su sector, de su gente. Si chequeas las redes, la encontrarás presente en cada minuto: escribiendo, felicitando, en una reunión. No se ha apartado ni se apartará del CDP mientras pueda.

Es probable que en algún momento sienta de nuevo la inquietud de la aspiración, pero no creo que sea su preocupación actual. Por el contrario, tanto ella como yo estamos buscando periodistas que, a través de una mayor participación, se sientan animados a lanzarse al ruedo. De todas maneras, no descarto totalmente que ocurra porque su vida está umbilicalmente ligada al CDP.



De izquierda a derecha: Olivo De León, presidente del IPPP y expresidente del CDP; José Beato, secretario general del SNTP; Mercedes Castillo, expresidenta del CDP, y Aurelio Henríquez, presidente actual del CDP.

La apreciación de Olivo de León de la trayectoria gremial de Mercedes agrega una cualidad a las ya mencionadas por él. La de estrategia a largo plazo. No solo los cargos que ha ocupado desde que entrara al CDP en el primer quinquenio de los años noventa fueron afinando su olfato; también ayudó el inevitable trasvase de experiencias que se produce en todo equipo de trabajo y, como lo recuerda, la delegación de responsabilidades, que es una de sus características. El gremialismo le enseñó a «observar, a ver, a comprender, a evaluar actitudes y situaciones para poder planificar» la vida

de la organización y sus propias luchas electorales. «Se ha convertido en una maestra», es su conclusión categórica.

Es imposible concebir la forja de esta identidad de propósitos al margen de unas relaciones afectivas de intensidad equiparable. Sentimental como confiesa ser, la voz de Olivo de León adquiere otros matices cuando responde sobre la amiga y ya no sobre la dirigente.

—Nuestra amistad se fue puliendo con los años. Como nos tocó trabajar juntos en tantas cosas nos convertimos en hermanos. Compartimos el apellido Sandoval, y eso crea un vínculo familiar, pero no ha sido lo más importante, sino la identificación en lo que hacemos, tener ideales muy parecidos y el trabajo desarrollado a lo largo del tiempo. Puedo citar también otras dos cosas: de una parte, el apoyo mutuo frente a la incompreensión de algunos; de la otra, el cariño compartido de la mayoría de los periodistas. Para mí, ella es una hermana, una amiga, una compañera leal, trabajadora y dedicada a la que me siento muy unido.

No considerará nunca suficiente la ponderación de las cualidades de Mercedes, pero la sabe imperfecta, como cualquier otro ser humano. La amiga y dirigente que describe tiene defectos, si bien en la lista de sus créditos y débitos morales, éticos y humanos la balanza se inclina a favor de los primeros. Está convencido de la incompletitud de cualquier opinión que la juzgue. Viene de muy abajo, de luchar contra la vida y

sus desalientos, de hacerse profesional a golpes de voluntad, casi sin apoyo, y eso deja secuelas que solo ella conoce.

—En la vida nadie es perfecto. Podemos ser perfectos en un área, pero seremos imperfectos en otra. Nadie responde a las expectativas de todas las otras personas, porque es imposible, pero cada uno hace aportes en algún ámbito de la vida, tiene objetivos, se dedica a algo y quiere hacerlo bien y hay que encomiar esa dedicación, ese desempeño. Ella ha abierto un espacio que le pertenece, que está ahí, y por eso acumuló un importante capital entre quienes formamos parte del mundo de la comunicación. Siempre habrá muchas cosas que quedarán sin conocerse, porque cada uno tiene experiencias únicas, vivencias suficientes para escribir su propia historia, aunque pocos nos animamos a contarla. De ahí que muchos solo podamos imaginar las realidades ajenas. Por eso es bueno que se digan, que se hable de ellas. Decimos siempre que el periodista no es noticia, sino el que vehicula la noticia de otros, mientras la nuestra se queda siempre por ahí.

Juana y Zunilda, la sororidad

Se conocieron en las aulas universitarias, pero la amistad solo arraigó durante la primera presidencia de Mercedes en 1995. Desde entonces, el cariño entre ambas no ha hecho más que crecer. Juana Ramírez la llama «señora Mercedes», apelativo que no interpone distancias. De hecho, no podría. Durante casi treinta años una ha sido espejo de la otra. Juntas han enfrentado vicisitudes. Juntas han recorrido el país, con Juana Ramírez como guardiana de la mujer que declara admirar más que a nada en el mundo. Juntas han disfrutado o sufrido los triunfos y los fracasos, resuelto las dudas o experimentado la frustración de no encontrar respuestas.

—Nunca he conocido un ser tan extraordinario como ella. Me he preguntado muchas veces por qué es como es. He sopesado todos y cada uno de sus valores: la humildad, la sencillez, la solidaridad, donde de verdad es grande. Es solidaria sin pensar en el costo que la solidaridad que ofrece puede tener en su vida. Le he reclamado con frecuencia que dé tanto a cambio de nada. «Cuando asumo un compromiso no lo puedo dejar, tengo que llevarlo hasta el final» ha sido su invariable respuesta.

Su conciencia de la responsabilidad la acredita una anécdota. Una noche, al momento de abandonar el local, Juana Ramírez y ella se percataron de que el militar encargado de la

seguridad no estaba. En lugar de apagar las luces y marcharse a sus respectivas casas, Mercedes decidió esperar. No dejaría el lugar desprotegido, insistía, pese a lo peregrino de la idea: si, como ella temía, el local sin vigilancia llegaba a ser blanco de delincuentes, dos mujeres desarmadas no serían obstáculo, sino víctimas. Empecinada en no retirarse a su casa, tomó el teléfono y no descansó hasta localizar en Santiago al irresponsable vigilante. Lo hizo regresar, pero a ambas les tocó permanecer a la espera hasta las tres de la madrugada.

Como toda persona testigo de su recorrido gremial, Juana Ramírez destaca su capacidad para el trabajo y sus destrezas para procurar, como por arte de birlibirloque, el dinero requerido para el desarrollo de actividades que insuflan energía al CDP. No ha sido ajeno a sus presidencias encontrar desprovistas las arcas del gremio. Sentada en su oficina, con la puerta cerrada para concentrarse y lápiz en mano, idea las maneras más expeditas de conseguir lo que haga falta.

— Cuando la veía tan embebida por los problemas del CDP, me atrevía a reprocharle la falta de cuidado de su propia salud. Pese a ser diabética crónica, antepuso constantemente las responsabilidades gremiales al cumplimiento de horarios y calidad de la comida. Esta conducta me preocupaba y me apenaba mucho porque, en más de una ocasión, me confesó cuánto la abate tener que inyectarse insulina. Es algo que la lastima.

En 1997 la conquistará para el CDP. En esa época Mercedes era una mujer joven y vigorosa. El ofrecimiento de arrimar el hombro al gremio le llegó «con tanto amor», que Juana Ramírez respondió afirmativamente sin pensárselo demasiado. El trato recibido de Mercedes la anuda desde entonces a la institución. Cuando describe la calidad humana de Mercedes, no escatima elogios. El catálogo es vasto. Su apego a decir la verdad, sea cual sea, ocupa un lugar privilegiado en la lista. No vende sueños. Promete lo que puede cumplir y, llegado el caso, habla sin ambigüedades. Fue esta manera de ser de Mercedes la que absorbió por ósmosis. Ella también, como su modelo, se imbuyó de la pasión militante y abandonó cualquier proyecto personal para «darlo todo por el CDP», a sabiendas de que no le brindaba la oportunidad de crecimiento profesional que podía encontrar fuera. Aceptaba la lógica argumental de quienes resaltaban los muchos contra y el ningún pro de cerrarse las puertas del oficio, pero no cruzó la línea. Enamorada de la institución, decidió quedarse con un salario que no compensaba ni su formación ni sus necesidades.

—Sin tomar en cuenta las precariedades, nos apoyamos mutuamente. Ella repetía como un mantra que el propósito era hacer avanzar al CDP. Me dijo muy francamente que no me prometía pagarme un salario mejor, porque para ella misma era imposible en ese momento. El salario más alto no era el de ella, sino precisamente el mío. Siempre ha sido así. En su última presidencia en el periodo 2019-2021, su salario estuvo por debajo. Es que nunca fue al CDP a ganar dinero,

sino a trabajar por adecentar el periodismo, a ayudar a los periodistas a obtener mejores condiciones laborales y de vida y lograr que la profesión sea respetada.

Lo que sí hizo de inmediato Mercedes fue asignarle tarea: entrevistar a periodistas para una investigación que llevaba a cabo la institución. El tema no podía ser más espinoso: los efectos de la concentración de medios en manos de un solo empresario. La novel investigadora se las vería negras con algunos de sus entrevistados, erigidos por voluntad propia en defensores acérrimos del monopolio mediático. Otros, empero, fueron críticos y advirtieron de los daños irreparables que la concentración provocaría. La idea de publicar los resultados en un libro fracasó, un poco por falta de recursos, otro poco por desgana de quienes, en los años siguientes, ocuparon la dirección de la entidad.

Juana Ramírez no duda de que el liderazgo de Mercedes abreva en su condición humana. Nadie puede dar lo que no tiene, dice, ni mucho menos construirlo por el impulso de las circunstancias o cálculo oportunista. Tanto es así, y Juana Ramírez coincide con otros testimonios, que Mercedes resistió los embates de que fue víctima sin concebir forma alguna de venganza. Desoyendo sin perturbarse las voces que aconsejaban actuar en justicia contra los oponentes desaprensivos, contraatacaba expresando su entera confianza en que la opinión favorable de la mayoría de

la militancia sería moralmente más provechosa que una querrela ganada en los tribunales.

—Contraellasehicieronalianzasdetodo tipo con el objetivo de derrotarla. No pudieron nunca. Más bien al contrario: provocaban un efecto búmeran porque cada elección convocaba un mayor número de periodistas a su favor. Aun cuando siempre estuvo segura de que podía ganar con sus propias fuerzas, en cada ocasión, y en beneficio del CDP, ofreció a sus contrarios participar unidos. Nunca ondeó su triunfo en las narices de nadie porque, en definitiva, se sentía responsable de todos los periodistas, sin excepción. Su poder radica en su liderazgo innato.

Verla actuar con tanta vocación dialógica, persuadió a Juana Ramírez de que, tal como Mercedes sostenía, el conflicto perjudicaba a todos por igual. En un cálculo al que da poco margen de error, atribuye al 90 % de los periodistas tener a Mercedes en muy alta estima. Su triunfo en cinco ocasiones en la competición

¿Usted la conoce bien?

La pregunta la formuló Juana Ramírez en incontables ocasiones. Estaba dirigida a quienes, insolentes, se atrevían a cuestionar a Mercedes frente a ella.

La sangre le bullía. Con el rostro enrojecido por el enojo contenido, preguntaba una y otra vez como principal argumento: «¿Pero es que usted la conoce bien?».

Hace casi un siglo, el filósofo español Ortega y Gasset reprochaba a sus coetáneos no hacer el menor esfuerzo para «interpretar el jergológico que es toda existencia». Nada parece haber cambiado hasta hoy para ningún individuo de cualquier lugar del mundo. En la frase de Ortega y Gasset se

por la presidencia del CDP sirve de sello certificador a su conclusión. No había mejor respuesta que esa.



Casa nacional del Colegio Dominicano de Periodistas (CDP) del cual Mercedes fue presidenta en cinco ocasiones y la única dirigente que ocupó por más tiempo este cargo.

—Ambas nos decimos que, aunque por nuestras venas no corre la misma sangre, somos hermanas. Hemos vivido muchas cosas juntas, buenas y malas. Entre estas últimas, los ataques feroces de los que fue víctima por un grupo de adversarios reconocidos, pero también de otros que actuaban por lo bajo. Nunca la vi amedrentada ni tomar represalia contra sus ofensores ni enemistarse. Si la vi sufrir cuando moría un periodista; siempre consideraba que esa muerte era prematura. Casi siempre una acompaña al doliente en su duelo; ella lo sufría de veras.

dibuja también el rostro del hombre y la mujer comunes dominicanos, equipados ahora del arma arrojadiza de las redes sociales y el anonimato.

Por eso, la pregunta de Juana Ramírez no podía encontrar respuesta. A su destinatario no le interesaba descifrar el jeroglífico de la vida de Mercedes, porque, «atento solo a sí mismo, el compatriota no se entera siquiera de los datos más patentes que constituyen el esqueleto de la biografía ajena».

Desconocimiento intencionado el de los críticos que, por mucho empeño que pusiera, Juana Ramírez no lograba desarmar preguntando: «¿Usted la conoce bien?».

Se pregunta quién sería ella hoy si Mercedes no hubiera aparecido en su camino y no encuentra respuesta. La amiga con la que ha recorrido tan largo camino ha sido la roca en la que se ha apoyado en sus momentos de abatimiento y dificultad con los hijos, con el marido del que enviudó recientemente, con la propia existencia. Lo repite una y otra vez: por más que lo intenta, no encuentra quién la equipare en humanidad.

Los logros de Mercedes no son los únicos hilos de este lazo. Son las pequeñas cosas, el gesto simple. La canasta navideña que reparte porque, aunque llegada a su nombre, la considera de todos; el dulce dividido en pedacitos para que el mayor número posible de quienes la rodean puedan saborearlo. El abrazo que llega sin avisar. El acercamiento a la familia de los colegas en desgracia. El café mientras se comparte la confidencia.

Esta manera de ser, que le sale espontánea, ejerce su influjo más allá de las gremiales. Juana Ramírez narra un episodio a modo de constancia. En una ocasión, Mercedes solicitó un espacio en Telesistema, uno de los canales del Grupo Corripio, para producir un programa. La respuesta de la administradora de la empresa fue negativa. Por mucho que quisiera ayudarla, le sería imposible. Mercedes la miró a los ojos, le sonrió y le dijo casi en un murmullo: «Haz una excepción conmigo». «Esa señora es tan agradable —contaría después la administradora— que, pese a comunicarle que no podía concederle un espacio,

nunca dejó de sonreír. No mostró ni enfado ni decepción, se mantuvo siempre normal». Mercedes no tendrá necesidad de insistir en su petición: le fue concedida.

Hay otra Mercedes, no muy distinta a la que iluminan las luces del espacio público. Es la Mercedes preocupada por el orden y la higiene de la casa que ocupa con su hijo Odalis. Todo tiene que estar rigurosamente ordenado e impecablemente limpio. Lo confiesa a los cercanos: le gusta que todo a su alrededor brille. En ese ambiente íntimo organizado para su disfrute, le complace recibir la visita de sus amigos y amigas, con quienes comparte sus predilecciones culinarias: el café con leche y el mangú de plátano con bacalao. De la leche con cocoa, otra de sus bebidas preferidas, se cuida bastante: la diabetes la señala con el índice. La disciplina le cobra en lágrimas. La conversación con sus amigos y amigas es su solaz. Cada vez que sus ocupaciones lo permiten, abre un hueco para hablar con ellos de lo humano y lo divino.

¡Celebro tu cumpleaños...!

Puede parecer intrascendente a los ojos de algunos, pero día tras día, sin dejar pasar uno solo, Mercedes felicita a los periodistas y a las periodistas que cumplen años.

Utiliza la red Facebook, en la que tiene cinco mil seguidores, para publicar, junto a la foto de la persona festejada, mensajes afectuosos que replican decenas, a veces cientos, de otros periodistas y particulares.

Cuando comenzó con estas publicaciones podía creerse, y quizá fuera así, que la propia red social le recordaba el natalicio del colega, hombre o mujer.

Ahora, son muchos quienes le envían datos y fotos para que su felicitación

Juana Ramírez no puede eludir la superposición de planos, y se entiende. La Mercedes íntima migra sin pasaporte al espacio público. Esa mujer a quien le gusta el orden, la limpieza, ver cada objeto hogareño en lugar previsto, es también la que, atenta al detalle, pregunta al empleado del CDP por la familia, por la enfermedad del hijo o de la hija, por la pequeña cosa que cobra valor en la vida cotidiana de la gente. No es extraño, por tanto, que, retirada de la actividad gremial por decisión propia, la gente sienta nostalgia de ella. «¡Ay, si Mercedes estuviera aquí eso no habría pasado!».

—Con su hijo es muy amorosa. Le he dicho que tiene que soltarlo un poco y responde que está loca por que se case, como si eso la exonerara de la culpa de la sobreprotección. Cuando Odalis era pequeño era un remolino, pero ella lo ama. Siempre me dice: «Juana, si a Odalis le pasara algo yo no sé qué sería

de mi vida. Tú tienes cuatro hijos, pero yo solo lo tengo a él. No sé qué haría». He estado en cada situación en que me ha necesitado, no importa la hora, no importa nada, excepto que ella sepa que puede apoyarse en mí.

no les falte. Y para vivir con entusiasmo la larga lista de buenos deseos que la iniciativa desencadena.

«Eso, sin ninguna duda, le gusta a la gente», afirma Aurelio Henríquez.

Tiene también una enorme capacidad para organizar viajes turísticos, como lo hizo varias veces cuando ocupó la dirección del Instituto de Previsión y Protección del Periodista (IPPP) sin pretender beneficios.

Su único afán fue que la mayor cantidad de periodistas pudieran conocer otros lugares y culturas.

He estado con ella en todo momento: cuando requiere hacerse un procedimiento, cuando está interna, en fin, siempre.

Lo dice rotundamente: ama a su amiga. Esa que le brinda respaldo y es sabia cuando la guía hacia la salida del laberinto. Esa que, indiferente a las críticas, le ha propiciado conocer de su mano la realidad de otras culturas y ha cuidado de que nada empañe el disfrute de la experiencia. Ni siquiera la terquedad de una turoperadora que las colocó en vuelos diferentes cuando, por iniciativa de Mercedes, un grupo de periodistas viajó a Europa.

Entender el vínculo que las une pide mirar a Juana Ramírez. No ser ajeno «al esqueleto de su biografía». Fuera de Mercedes y otra que vive en Italia, a la que permanece unida desde la infancia, no tiene otras amigas. Ha evitado siempre darse porque teme la desilusión o que sus confidencias terminen siendo de dominio público.

—Es algo real: cuando estás con una persona a la que quieres, te sientes feliz. Con ella comparto muchas cosas que son esenciales para mí. Aparte de eso, hemos colaborado en proyectos, como un programa de radio, la edición de un periódico. La acompañé cuando produjo un programa en TeleRadio América y, luego, otro en el Canal 35 y, por último, en Teleantillas. Hemos participado en actividades nacionales e internacionales, y en los recorridos, vamos juntas.

Aprovechamos esas horas para hablar de nuestros hijos, de los sueños, del futuro.

De cosas que a ella todavía le gustaría hacer, si bien plantea que no hay que afanarse mucho, pero tampoco quedarse sentado en la casa.

—Conocí a Mercedes en los años ochenta, cuando ella practicaba en el periódico El Sol y yo era corresponsal en Nueva York y encargada de oficina. En ese tiempo editaba un suplemento mensual, o casi mensual, y viajaba al país cada vez que lo publicaba porque, entre otras cosas, tenía un intercambio de publicidad con Dominicana de Aviación, aceptado por el periódico, y otros con los programas de radio y televisión que producía. Dada mi naturaleza, llegaba siempre cargada de lapiceros para los colegas, pintalabios para las muchachas. Compraba muchas cosas a buen precio que entonces vendía en su casa Elsa Mantilla, quien es hoy la más importante lideresa dominicana en Paterson, Nueva Jersey. Todo lo llevaba a las muchachas: Carmen Carvajal, Luz del Carmen Beato, Nexcy de León, con quien coincidí estudiando locución. El caso es que Mercedes me cautivó con su humildad. Desde ese entonces conocí su alma y me di cuenta de que esa muchachita tenía mucha madera humana.

Quien así habla es Zunilda Fondeur, periodista experimentada en el oficio y en la brega con los periodistas dominicanos radicados en la Gran Manzana, la ciudad insomne, donde la pertenencia gremial, como en el país de origen, no está exenta

de vicisitudes. La militancia compartida le fue revelando en su dimensión más plena las cualidades de Mercedes. Humana, pero firme; discreta, pero decidida; humilde, pero no sumisa; tolerante, pero no en exceso. No por azar ha sido electa capitana del CDP en esas cinco ocasiones en las que se regodea el afecto que sienten por ella sus amigos y amigas. Y, en cada ocasión, su gestión ha sido insuperable, no obstante los éxitos innegables de la presidencia de otros.

Pudo ocurrir que los éxitos acumulados le subieran los humos a la cabeza. No hubiera sido extraño, pero no ocurrió. Mercedes está arraigada con firmeza en la realidad, la suya y la ajena, y no cede espacio a otra cosa que a la voluntad de alcanzar objetivos de vocación y efecto colectivos. Si de Zunilda Fondeur dependiera, Mercedes volvería a dirigir el CDP, no por el ánimo vacío de repetir el éxito, sino con el de profundizar su impronta y ampliar el catálogo de reivindicaciones del sector. Reivindicaciones que incluyen el fomento de la cultura del debate respetuoso, de la conciliación de las posiciones en aquellos puntos fundamentales para el fortalecimiento del gremio, de la voluntad de encontrar al conflicto salidas que no lesionen o menoscaben la solvencia de la organización frente al sector periodístico.

Sabe, sin embargo, que ese regreso es improbable, porque entre las claridades de Mercedes está su convencimiento de que los liderazgos indefinidamente prolongados terminan convertidos en sepultureros de las instituciones.

—Es una mujer que no le teme al estudio, a la investigación, y que siempre está buscando la parte humana: cómo puede contribuir, ayudar. De hecho, la revista que edita, Civismo Magazine, de la cual formo parte, indica que coincidimos en el interés de hacer un aporte, pequeño desde lo que nosotras podemos, pero grande desde la intención. Siempre le he ofrecido mi respaldo porque he visto en ella una hija excelente, una lideresa en su barrio, del que fue hasta 2005 la presidenta más aclamada. Me comentaban amistades mutuas que los moradores del barrio se sentían tristes porque Mercedes abandonaría la presidencia comunitaria, pero, al mismo tiempo, alegres de saber que había ganado las elecciones de ese año en el CDP.

A los ojos de Zunilda Fondeur, el inventario de virtudes de Mercedes desborda los límites del gremialismo y se traduce socialmente, convirtiéndola en una reserva moral y espiritual. Es, repite convencida, «una de las personas con las que cuenta el país, una persona con una gran responsabilidad social». De ahí que destaque como reconocimiento merecido su nombramiento honorífico en el Consejo de Administración de la Corporación Estatal de Radio y Televisión (CERTV), una entidad que, como todas las estatales y cívicas, necesitan la conducción de personas de probada integridad ética, y el otorgamiento de la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana que entregan cada 8 de marzo el Poder Ejecutivo y el Ministerio de la Mujer a mujeres dignas del aplauso público.

El diálogo permanente define la amistad entre ambas. Creyentes sin fisuras en la autenticidad del vínculo que las une, no tienen reparos a la hora de las confesiones. La posibilidad de la deslealtad no es espina que atormenta el corazón de ninguna de las dos. Los años compartidos han convencido a Zunilda Fondeur —como lo han hecho con Juana Ramírez— de que el sentido de justicia y de solidaridad que caracteriza a la dirigente gremial hace de ella «la persona más especial» que ha conocido.

—Si me pidieran describir a la Mercedes íntima, diría que es una muchacha diáfana, honesta en su comportamiento moral como mujer, muy íntegra, muy respetuosa de sus principios, una madre ejemplar; tiene un solo hijo que todavía vive con ella porque se siente muy apoyado, y a quien estimula a continuar superándose académica y personalmente. Fui testigo de cómo se comportaba con su madre hasta el día en que murió. Muy comprometida con sus hermanos. Es la única profesional de su familia y todo el mundo cuenta con ella. Siempre está donde la necesitan. Me dice con frecuencia: «Zuni, no tengo nada, pero Dios me da para dar». Necesitamos que el ejemplo de una persona así se difunda.

Portadora de valores sociales que Zunilda Fondeur cree perentorio rescatar, Mercedes debería ser considerada un recurso por las instituciones oficiales interesadas en mejorar la calidad de la convivencia ciudadana. Propuso a la amiga vencer su timidez y aventurarse en la presentación al Gobierno

de un proyecto de educación cívica en las escuelas, donde se forman los hombres y mujeres del futuro, pero no le ha hecho mucho caso.

El trabajo gremial no podía ser extraño a la experiencia vital compartida. Desde Nueva York, donde hizo vida profesional, hasta su reciente traslado a Florida, Zunilda Fondeur ha respaldado sin reservas las postulaciones de Mercedes, y ha sido reciprocada por esta cuando, imponiéndose a la toxicidad de las pugnas internas, ha competido por un puesto directivo en la seccional neoyorquina del CDP. Encontrarse en este plano no fue difícil. Provistas de similar bagaje principista, con visiones programáticas y estratégicas coincidentes, intercambiaron apoyos sin otra finalidad que hacer del gremio, en el país y en Nueva York, una organización representativa del periodismo dominicano.

Muchas veces Zunilda Fondeur quiso «tirar la toalla», decepcionada de las respuestas inconvenientes de colegas que intentaron convertir las diferencias en antagonismo irreconciliable. Hostilidad a la que parecía subyacer el celo por el éxito ajeno. Ella sumaba demasiadas primacías: primera mujer corresponsal contratada por un periódico nacional; primera dominicana en hacer radio, televisión y prensa; primera presidenta de la Asociación Dominicana de Periodistas, y primera presidenta del Círculo de Locutores. Conquistas difíciles de digerir en un medio saturado por el menosprecio patriarcal a las cualidades femeninas.

En cada uno de esos momentos, Mercedes le ofreció apoyo y estímulo a seguir andando su camino. De alguna manera, veía repetida en las circunstancias de la amiga, las adversidades que trataron de tronchar su propio progreso en las lides gremiales.

—Muchas personas, particularmente hombres carentes de suficiente seguridad, no admiten que una mujer llegue al privilegiado lugar que ocupa en la estima de la sociedad y logre prestigio profesional, que no le regaló nadie, enfrentándose

a quienes ponen sus capacidades en tela de juicio; unas capacidades frecuentemente superiores a las de los hombres. Cuando me tocó vivir las consecuencias de esta manera de ver a las mujeres, Mercedes me acicateó, creyó en mí. Entre ella y yo existe una confianza que nos conecta.



De izquierda a derecha Juana Ramírez, Isaris Báez, Zunilda Mercedes Fondeur y Ambar Tapia Ramírez.

A estos esquemas mentales también atribuye Zunilda Fondeur los denuetos sufridos por Mercedes en distintos momentos. Quienes los sostienen exhiben una proclividad

extrema a la virulencia y el rechazo del pensamiento ajeno, particularmente si ese otro es mujer. Ella tuvo la paciencia y la ecuanimidad necesarias para defender sus puntos de vista y salir airosa, dando lecciones de «equilibrio emocional».

Las facilidades tecnológicas han puesto su grano de arena en asegurar la calidez de la amistad entre ambas. También han contribuido las respectivas responsabilidades gremiales, sobre las que intercambian opiniones no siempre coincidentes. Las conversaciones virtuales duran por lo general más allá del tiempo inicialmente previsto; cinco minutos se convierten fácilmente en una hora. El socorro a colegas en apuros forma parte infaltable del intercambio.

—Para mí, ella es una hermana elegida, tanto así que mami, sin conocerla, la aceptó como hija. Mercedes la vio físicamente por primera vez solo dos días y medio antes de que mami partiera. Se dieron un abrazo muy fuerte, y mami le recomendó cuidar la diabetes. Cuando la llamé para decirle lo sucedido, no lo podía creer. Todo esto habla de la calidad humana de Mercedes.

Solo en circunstancias similares de pérdida, ha visto abatida a Mercedes. Pese al tiempo transcurrido, su voz se torna triste cuando habla de su madre Narcisa, a quien se sentía fuertemente unida.



Narcisa Sandoval, madre de Mercedes, fallecida el 23 de septiembre de 2023.

Zunilda Fondeur tampoco idealiza a Mercedes, pero por mucho que se esfuerce, encuentra escasos defectos en su personalidad. Comer sin controlar los daños suplementarios de la ingesta en su condición de diabética es uno de ellos. Otro, su relativa incapacidad para planificar el gasto, aunque, pensándolo bien, sus ingresos nunca han sido tan abundantes que ameriten una especial disciplina. Ahí concluye la lista.

Un guía, un maestro

Como la mayoría de las personas que forman parte de la vida pública de Mercedes, el profesor Onofre de la Rosa también la conoció en los pasillos uasdianos. Se entiende que así haya sido. Para la joven mujer llegada de Puerto Plata con el deseo voraz de dar un vuelco a su vida, la entrada a la Universidad Autónoma de Santo Domingo fue su particular raya de Pizarro; el ahora o nunca de su destino. El lugar en el cual, nadando a contracorriente de sus desventajas sociales, comenzó a diseñarse otro futuro.

Ejercía como director del Departamento de Comunicación Social cuando reparó en ella. Le llamó la atención su sensibilidad, una característica de la personalidad de Mercedes que algunos consideran innata y, otros, producto de haber sabido convertir en ternura el dolor de su propia experiencia.

—Más que cualquier otra cosa, me llamó la atención su sensibilidad, que me pareció muy relevante. Como director, había armado una superestructura de desarrollo de la Escuela con muchísimos elementos que tenían que concatenarse, integrarse. Uno de ellos era el Centro de Documentación para las Comunicaciones. Fue entonces cuando descubrí en Mercedes no solo la sensibilidad, sino también su capacidad de empatía. Esa calidez humana que posee. Así que como andaba a la caza de gente con ciertas competencias para

integrarla a las diferentes áreas, me enamoré de Mercedes. Hablé con ella, le propuse la idea y ella, por supuesto, vio una gran oportunidad porque, en ese momento, el Centro sería una innovación, no había otro en el país y menos en la UASD, que ha estado siempre más ocupada en otras dinámicas.

La experiencia en el trabajo, que iniciaron de inmediato, convenció al profesor de lo acertado de su elección. Hizo falta poco tiempo para que la capacidad de aprendizaje, disciplina y trabajo de Mercedes quedara a la vista de todos. Indicadores estos del alto nivel de organización que abona la eficacia de todo esfuerzo. Mas la burocracia no conoce de sutilezas: para lograr la aceptación, que no necesariamente el apoyo, de la unidad recién creada, Onofre de la Rosa debió desplegar todas sus artes de mago prevenido de cuán laberíntico podía ser el camino uasdiano por el que debía transitar cualquier proyecto. La creación de un instituto de investigación que vendría a ampliar el horizonte académico del Departamento de Comunicación Social fue también aprobada, pero no pasó nunca de idea gestante.

Sin ceder ante ningún obstáculo, el equipo formado para ocuparse del Centro de Documentación puso manos a la obra: buscó local, comenzó a recopilar y clasificar documentos y a adoptar pautas que marcaran distancia de las manoseadas prácticas al uso: no sería una biblioteca, sino un espacio de apoyo a los investigadores y el alumnado. Junto al documento,

los detalles: recoger, conservar, preservar toda aquella documentación que, independientemente de su soporte físico, sirviera a la tarea de pensar «el desarrollo de los estudios sobre Comunicación en la República Dominicana», que estaban entonces, y continúan estando hoy, «muy por debajo de la media de América Latina».

La laboriosidad y entrega de Mercedes sobrepasaron las expectativas de Onofre de la Rosa al momento de proponerle ser parte de la aventura. Nunca miraba el reloj, dedicando horas interminables a las tareas que definían la fisonomía intelectual y académica del proyecto pionero.

—Hablé luego con la doctora Martha de Castro, una especialista en bibliotecología que había dirigido la biblioteca de la UASD, con la idea de que armara una carrera en lo que, en España, llaman Ciencias de la Información. Respondió positivamente y, ya integrada al proyecto del Centro, prestó su ayuda especializada a Mercedes, cuyo trabajo fue excelente en lo que implicaba la organización, sacar un boletín informativo, dar servicio a los profesores y el alumnado. Fue un período muy productivo durante el cual ella demostró su brillantez.

De no haber sido vocacionalmente periodista, piensa Onofre de la Rosa, quizá Mercedes hubiera permanecido en el campo de la documentación. Un campo que ofrece la invaluable ventaja de acceder «a una cantidad impresionante de

documentos y de temas», abriendo de par en par una ventana al conocimiento. Pero ella había definido otro rumbo pese a su entusiasta dedicación al trabajo en el Centro, que avanzaba en su propósito gracias, entre otras cosas, a la generosa donación recibida de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (Felafacs). El proyecto que consumió tiempo y sueños de su equipo fundador, terminó perdido en el perturbador tráfigo de la cultura uasdiana.

Quizá Onofre de la Rosa no lo supiera nunca o lo olvidara, el tiempo le juega frecuentes trastadas a la memoria, pero Mercedes, como ella misma lo relata, aparcó sus ímpetus de reportera y optó, no sin conflicto, por la permanencia en el proyecto. Un discreto tributo al compromiso con su mentor. Valorando en retrospectiva la decisión de Mercedes, concluye que fue la mejor. La razón es simple: para el periodismo es imprescindible la documentación y, en el centro, ella llegó a alcanzar un manejo muy alto de información en la materia, de organización, de capacidad de análisis y de conocimiento de temas por lo general extraños incluso a las aulas.

Era, además, un trabajo de recuperación de la memoria del periodismo y la comunicación nacionales. Conferencias dictadas en el país y en el extranjero por quienes ocupaban entonces los primeros lugares del activismo profesional y en el análisis de sus circunstancias. Papeles perdidos en los anaqueles de sus protagonistas o en archivos a los que nadie podía o quería tener acceso. Memoria recuperada solo

transitoriamente; memoria vuelta a arrinconar en algún lugar sobre el que no hay certezas.

Tutor de su tesis de licenciatura y nuevamente profesor en una maestría en Planificación de la Comunicación, Onofre de la Rosa reafirmará la admiración y respeto que provocaba en él la empatía que derrochaba Mercedes.

—Mercedes entrará al mundo del gremialismo portando las cualidades mencionadas, que la harán brillar muy alto. En los diferentes momentos de sus aspiraciones, siempre la he apoyado porque pienso que es un valor, una mujer extraordinaria, con unas capacidades infrecuentes y que derivan, repito, de su sensibilidad frente a los temas sociales, al ser humano y sus problemáticas.

Con la criticidad que le permite la distancia, repasa —puede inferirse que lo lamenta— las debilidades de CDP, lastrado por una estructura que «no le permite florecer» e impide que los proyectos prosperen. Muchos proyectos que apuntaban a elevar la condición profesional y ética del oficio se quedaron en el camino de las repetidas presidencias gremiales de Mercedes. En ocasiones, ni siquiera llegaron a arrancar. Recuerda, por ejemplo, el esfuerzo de Mercedes para la creación de un instituto de formación de periodistas, al que también él arrimó el hombro, sueño esfumado en los meandros «brutalmente burocráticos» de la organización. Al margen de los logros puntuales, casi todos referidos a mejoras materiales, quizá su

mayor conquista sea la constancia del aprecio de las bases del gremio, al punto de que, sumados los apoyos de quienes han ocupado en distintos momentos la misma posición que ella, no logran igualarla.

Onofre de la Rosa recuerda a la muchacha que conoció en las aulas como una «estudiante normal»; no pertenecía al grupo de estudiantes que destacaban por su agudeza, pero sí al de aquellos a los que había que reconocer su aplicación.

—Ella respondió siempre a las exigencias de los programas y era competitiva en el sentido de poner en juego sus capacidades a pesar de las condiciones en que vivía, que es también un factor porque no es igual contar con buenos apoyos a contar con muy pocos para desarrollar una carrera. Ella se sobreponía a todas las dificultades. Esa es otra de sus cualidades: es una mujer luchadora; capaz de vencer los obstáculos y salir adelante. Digamos que ella tiene esa cualidad, que tienen muchas personas buenas, que es la hiperactividad. En su caso, fue buena estudiante e hizo una buena tesis junto con Ana Esther García. Ambas competían en términos de cumplimiento de sus responsabilidades.

Guarda buenos recuerdos del tiempo de trabajo como tutor de la investigación. La disciplina demostrada por ambas, el respeto por las orientaciones que les brindaba sobre el contenido teórico y metodológico de la tesis, facilitó el provecho del tiempo. Era, además, un proceso de aprendizaje

inédito: se acercaban a un método de investigación que les exigía trabajar con ahínco y seriamente, sin distracciones. El resultado lo satisfizo plenamente como tutor, y a ellas como postulantes: el jurado calificó la tesis de excelente.

—La experiencia de la tesis la ayudó mucho en su espacio gremial, lo mismo que el proyecto del instituto de formación porque la obligaba a trabajar con otros componentes relevantes que afinaron ciertas habilidades suyas, ciertas competencias. Mercedes fue ascendiendo escalón por escalón hasta llegar a tener un buen sitio en el campo del periodismo.

Onofre de la Rosa no escatimará apoyo a las presidencias de Mercedes en el CDP y en el IPPP, llegando incluso a formar parte en más de una ocasión en la lista de postulados a los diversos cargos directivos de ambas instancias gremiales. Cuando no, se integró a las comisiones de trabajo o fungió de consultor. No obstante, y contrariamente a todas las veces anteriores, disintió en

El valor del conocimiento

«La objeción que se hizo a Mercedes sobre su falta de ejercicio periodístico, cuando aspiró por primera vez a presidir el CDP en 1995, era cierta. Pero ella tenía capacidades y experiencia en otro ámbito, porque el periodismo no es solo el diarismo; hay muchos otros aspectos de la profesión.

«Por supuesto, el más visible es el de escribir, pero ella desarrolló otros ángulos, llegando incluso a dar clases en las aulas universitarias. Así que también asumió una tarea académica. Eso es igualmente parte del desarrollo de la comunicación».

«Al final de cuentas, quedó demostrado que, en el caso de Mercedes, no era

2019 de la decisión de su amiga de optar por un quinto período al frente de la institución. Entendía entonces, y no ha variado de parecer, que Mercedes debía retirarse de las pugnas electorales; la falta de opciones, que debió reconocer, determinó el rumbo de la dirigente. Y volvió a irle bien.

solo cuestión de tener un nombre brillante en el periodismo, sino también poseer otras cualidades, y ella las tenía. Su trabajo está ahí».

—Solo con su discurso, con su presencia, ella moviliza y conquista gente. En el CDP ha habido la tradición de grupos de periodistas muy rebeldes; no en el sentido de rebeldes con causa, sino simplemente rebeldes. Una cosa es ser rebelde en función de un pensamiento lógico, de una propuesta, a oponerse a todo. Mercedes tiene la capacidad de convencimiento, de seducción, pero un espacio tan incómodo y disperso como el gremial, por las características de los periodistas, evita que la institución sea más fuerte.

Testigo de primera línea de la historia gremial de los últimos treinta años, Onofre de la Rosa va más allá del juicio superficial, por apriorístico, sobre los males que la virulencia de los grupos a que alude ha provocado a la organización. Ni razones políticas ni proyectos alternativos la movieron en el pasado y todavía no la influyen. Para él, la insidia contra Mercedes y sus ejecutorias la explica un hecho simple: la manifiesta incapacidad de poseer el poder que ella despliega para ganarse el favor de la militancia.



Mercedes en el acto de presentación de su libro en compañía del maestro de periodistas Onofre de la Rosa, quien tuvo a su cargo el prólogo de la obra.

Todavía insuficientemente estudiado, el comportamiento que apunta remite a la incapacidad para resistir que sean otros quienes «hagan, dirijan, definan» los procesos.

Descarta, por tanto, que las objeciones y obstáculos interpuestos de manera sistemática enraícen en el menosprecio de la condición social de Mercedes. Sería incongruente porque, en definitiva, la casi totalidad de los periodistas proviene de los sectores sociales más empobrecidos. Insiste, por tanto, en esa inveterada lucha por el poder que atraviesa, y con frecuencia paraliza, a las organizaciones, divorciada de la intención constructiva que acompaña la confrontación de ideas. Alimentada para entorpecer.

La condición de mujer de Mercedes también habría jugado su papel. Verla mandar, en su caso como el de cualquiera otra, no es cómodo para ciertos hombres. Un motivo más con el que abonar la aversión a su liderazgo.

—Muchos de sus adversarios terminaron después a su lado gracias a su capacidad de seducción e integración. No en todos los casos, pero logró mucho. Los calló, por más que dijeran, por más empeño que pusieran en convertir las asambleas en escenario de guerra; ella mantuvo el control. Estuvo siempre por encima por su calidad humana: sencilla, completamente accesible, amigable y siempre dispuesta a colaborar. No es una mujer de hierro en el sentido de estar siempre acorazada,

sino abierta, dispuesta a integrar tanto a hombres como a mujeres. Es una mujer de éxito.

No un éxito cualquiera, sino el de la persistencia y la voluntad. El éxito del arrojo frente a lo que, muy posiblemente, otra persona en sus circunstancias hubiera interpretado como designio: no aspirar a ir más allá del límite que otros habían fijado sin tomarla en cuenta. Con todos los vaticinios en contra, se sobrepuso a la estructura del Movimiento Marcelino Vega y logró convertirse en una opción real de triunfo electoral con sus propios puntos de apoyo. Todo a fuerza de arrojo y de su capacidad persuasiva y convocante que quienes la conocen justiprecian.

Aun en aquellos momentos en que las ofensas sufridas subieron de tono, Mercedes nunca perdió la calma. Es posible que algunos de los «zapatazos» infligidos a la fotografía suya colocada frente al local del CDP por sus aguerridos oponentes, le causara tristeza. Es humana y su proverbial humildad no

Decir adiós

Parece lo razonable, pero nadie puede aventurar que la razonabilidad prevalecerá en cualquier circunstancia. De todas maneras, Onofre de la Rosa reitera que, vistos el pasado y el presente, y vislumbrado el futuro, Mercedes debe vencer toda posible tentación de optar por una nueva presidencia.

«Ella construye un peldaño, pero la siguiente directiva lo borra; así no se construye porque se va rompiendo algo que se elabora para larga data y que debe ser continuado, mejorado, pensado, reformulado. O sea, darles continuidad a esas cosas. «Pero eso no pasa porque una de las debilidades del CDP

anula la autoestima y el orgullo. Nadie puede, sin embargo, dar testimonio de esa presumible tristeza. Jamás la vieron alterada ni inquieta, mucho menos iracunda. Serena, continuó marcando la pauta a un gremio que sentía parte de ella misma. Esa ha sido su clave.

—Si me pidieran resumir las características del liderazgo de Mercedes, comenzaría por resaltar su grado de organización. Su eficiencia tiene que ver también con cómo organiza su vida. La verdad es que la admiro mucho por esto, además de por otras cosas. Ella se echaba al CDP en un bolsillo y hacía cosas extraordinarias; estaba siempre en la delantera.

es que las cosas cotidianas le quitan importancia a lo importante. Mientras no cambie esa estructura, no hay mucho que hacer».

Debilidades que entroncan con el deterioro profesional y ético del oficio, prohibada por la propia industria de la comunicación, la lesividad en todos los órdenes de la concentración de medios en las manos de grandes capitales y una sociedad que, en más de un sentido, ha perdido el norte.

El problema de cualquier periodista encontraba su respuesta. Esa es una de las cosas que valoran los periodistas, principalmente los del interior. Tanto podía estar en Barahona como en Higüey, en Hato Mayor o en cualquier otro lado.

Cosechó abundante fruto, no cabe duda, pero su entrega incondicional al gremio cobró su precio: la abducción de su vida personal por la militancia, que la obligó a renunciamentos

que solo ella conoce. Él da fe del sacrificio de la amiga y colega, pero no se extraña. En definitiva, toda opción existencial implica también una dejación.

—Ella ama lo que hace. Ahora está en un proceso de centrarse un poco más en su vida, pero no creo que se quede tranquila. Para ella es difícil hacer ajustes como pudo hacerlos al principio. Ya es un poco tarde.

Odalis, su paz

Nació de ese amor prolongado entre Mercedes y el hombre, Santiago Taveras, que una tarde, mientras esperaba la guagua para llegar a la UASD, le ofreció llevarla. Lo hizo esa tarde y muchas otras, y la relación que en principio fue trivial se convirtió en enamoramiento y convivencia. Quince años duró y ella, acostumbrada a las pérdidas, sigue recordando con ternura esa etapa de su vida.

Odalís Taveras Castillo, de 34 años cuando se escribe este texto, es menos locuaz de lo que, en principio, pudiera suponerse. Más bien se diría que es parco. Solo la placidez de su semblante permite al interlocutor saber que hablar de Mercedes lo satisface y enorgullece.

—Mi mamá es muy trabajadora. Trabaja desde que se levanta hasta que se acuesta, si es necesario. Y me refiero a todo tipo de trabajo que la conduzca a donde quiere llegar; sea gremial, comunitario o remunerado.

Esa pasión materna por el trabajo dejó un poso de ausencia en una etapa de la vida de Odalís que reclamaba su compañía: esos primeros años cuando la vida de las criaturas comienza a definir sus perfiles, a augurar lo que se será en el discurrir del tiempo. Lo dice sin tristeza, sin embargo: su madre le hizo

falta. Para su suerte, la abuela Narcisa lo colmó de atenciones y cariño, haciendo más soportable no tener a Mercedes siempre a su lado. Con toda seguridad, la presencia de la abuela y de los tíos, que asumieron siempre un papel protagonista en la vida de Odalis, impidió que esta necesidad insatisfecha de la madre se convirtiera en sensación de abandono. No, lo repite categórico, nunca se sintió desamparado.

—Esta situación duró más o menos hasta mis diecisiete años, pero mi abuela siempre estuvo pendiente de mí porque vivíamos juntos. Ella se iba temprano al CDP y regresaba en la noche. A veces quería hablarle y no poder hacerlo me hacía sentir mal, pero desde que me hice más adulto, cuando entré a estudiar a la universidad más o menos con veinte años, la relación comenzó a fluir, teníamos más oportunidades de estar juntos.

De sus recuerdos de infancia rescata lo mejor: los juegos infantiles compartidos con Mercedes cuando ella, también necesitada de la cercanía de su hijo, abría un hueco en sus afanes cotidianos. Rememora también las ocasiones en que asistía junto a otros hijos e hijas de periodistas a las actividades infantiles organizadas por el gremio. Continúa escarbando en el recuerdo y llega a sentir en el paladar el sabor del bombón que, al primer mordisco, dejaba escapar un líquido lechoso y azucarado y ponía en la boca una jugosa cereza. Bombón traído en la maleta al regreso de uno de los muchos viajes que llenarían de sellos migratorios

el pasaporte de Mercedes, invitada frecuente a eventos periodísticos internacionales; pequeño detalle con el que buscaba demostrarle que, pese a las circunstancias, él gravitaba de manera permanente sobre su vida.

A su memoria acuden aquellas noches en que los apagones animaban la convivencia familiar y barrial alrededor de corros donde la cotidianidad era el tema principal de las conversaciones, a veces aderezadas con críticas a la desatención gubernamental de los apremios sociales. No pocas veces los diálogos recreaban algún episodio de la vida familiar pasada que él, con la avidez de sus años, asimilaba como parte de su propia historia.

—En esos momentos se contaban cuentos, se hablaba de las costumbres campesinas, de cómo era la vida en aquellos años. Mi abuela no era cuentera, pero relataba con cierta picardía que, en su tiempo, el hombre campesino enamoraba a la mujer tirándole una piedrecita; si ella respondía de la misma manera era la confirmación de que estaba interesada en él.

Más allá de estos recuerdos dispersos, de su niñez conserva una percepción de su madre que se prolonga hasta hoy: la de una mujer triunfadora. No estaba a su lado todo lo que él deseaba, pero llegó a entender las razones: Mercedes se labraba un destino personal que era también suyo, que le tocaba en una especie de legado emocional que lo ha sostenido hasta hoy. Con el pasar de los años, percibía cada vez más claramente

cómo su madre era objeto de reconocimiento y estima, cómo iba abriéndose camino en el mundo. Su propio entorno social contribuía con su orgullo de hijo. Los amigos, los vecinos, la veían aparecer en los medios de prensa y traducían la información en expresiones de admiración que Odalis recibía sin inmodestia, pero consciente de que Mercedes era socialmente apreciada, y se sentía bien.

Su conversión al cristianismo pentecostal cuando apenas tenía doce años explica para él por qué su adolescencia estuvo exenta de los conflictos filiales que caracterizan esta etapa del desarrollo de la personalidad humana. Fue un joven pacífico, aunque en alguna ocasión tan efímera, que se le pierden los contornos, hizo algún gesto de rebeldía.

—Mi mamá conoce la cultura de la Iglesia, y resulta que en una ocasión me encontró escuchando rap, americano entonces, porque en el país todavía no se había popularizado, y no solo me lo reprochó, sino que me dio una bofetada. También hubo momentos en que, al influjo de ese sentimiento de rebeldía, yo miraba videos un poco extraños. Gracias a Dios esto no duró mucho tiempo, fue momentáneo.

Mercedes no es asidua a los cultos en los que él participa. Algunas veces atiende sus invitaciones a acompañarlo, y eso lo hace feliz, pero entre ambos hay un pacto de respecto que excluye la imposición de obligaciones.

Convencida de que la formación académica abre puertas, Mercedes animó siempre a Odalis a dar lo mejor de sí en el aula. No exigía notas sobresalientes, pero sí responsabilidad en el estudio. Es a esta prédica, y al propio ejemplo que ella brindaba, a lo que él atribuye haber sido un estudiante aplicado y respetuoso de las reglas que regían el día a día de la escuela. Los diplomas de «buen comportamiento» que le fueron entregados, y que aún conserva, no lo dejan mentir.

—Ni ella ni mi padre, con quien mantengo muy buenas relaciones, influyeron mis opciones profesionales. Ambos sostuvieron siempre que debía estudiar aquello por lo que me sintiera más inclinado. Nunca intentaron condicionarme. Extrañamente, sin embargo, nunca pensé en ser periodista; y digo extrañamente porque estudió cine y para un director visualizar una historia debe tener un sentido crítico. Me he dado cuenta de que parte de ese ejercicio crítico emparenta con el periodismo.

Su vena artística se bifurca: Odalis es también músico. La guitarra eléctrica, su instrumento. Alguna vez ha coqueteado con la composición, pero nada serio, más bien episódico. Su campo musical es la alabanza y su escenario, la iglesia. Interpreta pop rock porque la modernidad no riñe con la fe. Y góspel, esa música nacida en el sur esclavizado de los Estados Unidos en el siglo XVIII que alcanzó su apogeo, que aún perdura, en los pasados años treinta. Su irradiación a lomos

del culto por otras latitudes, la ha enriquecido con ritmos tradicionales de otras culturas, entre ellas la bachata. Odalis sabe bien de esto.

Ahora, cuando Mercedes está alejada del tráfigo cotidiano del CDP, cuando sus vínculos con el gremialismo mutan, sin debilitarse, en expresiones menos demandantes, casi lúdicas (como su diaria felicitación a los amigos y amigas periodistas por su cumpleaños a través de Facebook), Odalis se complace en las largas y tranquilas conversaciones que sostienen, en el intercambio de impresiones sobre las cosas más diversas, en su intento de que ella mejore sus habilidades y capacidades tecnológicas, única carencia, la del precario conocimiento, que él se atreve a recomendarle que ponga todo su esfuerzo en superar.

—Me siento muy bien por tener a mami cerca, porque siempre será importante expresar el cariño, y la proximidad lo facilita. De verla, a su edad, estar tranquila, aunque siga trabajando con y por sus compañeros periodistas, pero ahora con menos urgencias. Recuerdo que, cuando era pequeño, me despertaba con el sonido de la radio que mami encendía para escuchar noticias. No me agradaba, lo confieso. Ahora disfruto comentando con ella las informaciones, analizando lo que dicen los comentaristas de los programas, intercambiando puntos de vista y alegrándome de que, con mucha frecuencia, estemos de acuerdo en las conclusiones.

En las horas de ocio, ambos se sientan frente al televisor para visionar documentales y películas históricas o basadas en hechos reales ocurridos no tan lejos en el tiempo y portadores de una visión humanista del mundo. En la música tienen diferencias que terminan limando: él prefiere artistas como Marcos Witt y Danilo Montero; como guitarrista, la admiración se la roba Israel Houghton. Ella se muere por baladistas como Julio Iglesias y José José, y es oyente devota de programas radiales que reproducen esta música. Le gustaría, eso sí, que su madre se divirtiera más, que tuviera otras aficiones y pasatiempos, que, a estas alturas de su vida, escanciara el disfrute hasta la última gota. Y que fuera menos persistente en su reclamo a terceros para que cumplan con las tareas que les corresponden; pero esto último, que puede ser interpretado como un defecto de su carácter, se torna baladí frente a sus méritos.

—Una de las cualidades que más admiro de mi madre es la integridad. A diferencia de muchas personas que dicen una cosa y hacen lo contrario, ella ha sabido ser siempre coherente. Así la he visto actuar desde que soy pequeño: de una seriedad a toda prueba hasta el punto de rechazar oportunidades económicas porque se hubiera visto compelida a actuar contra sus principios. Esa conducta es su impronta más visible en mi propia vida. Ha predicado con el ejemplo: como dirigente gremial, como dirigente comunitaria, como parte de una familia que también ha sabido liderar. Los hijos tienen

el privilegio de observar a sus padres en la intimidad familiar y en el espacio público, y lo que he visto en ella en ambos planos es un comportamiento correcto.



Mercedes con su hijo Odalis en la puesta en circulación de su libro.

¿Para cuándo, el amor?

Mercedes es madre soltera. Durante treinta y tres años ha sido el más amoroso sostén de Odalis, el hijo nacido de su relación con Santiago Taveras, ese hombre, bueno y atento, dice, que conoció una tarde en la que esperaba transporte para llegar a la universidad.

Hubo en su adolescencia el noviecito que por primera vez aceleró su corazón de puro contento. Y ya, cuando transitaba la veintena, un novio formal que quiso casarse, pero las circunstancias determinaron otros rumbos en la vida de ambos.

—Me sentí verdaderamente enamorada por primera vez cuando conocí al papá de mi hijo. Vivía en el barrio La Ciénaga junto con mi madre y un día en que esperaba la guagua para ir a la universidad veo a un señor conduciendo un carro que se detiene y me pregunta a dónde iba. Ofreció llevarme y acepté. Él era colector de Aduanas en Haina. Los encuentros se volvieron frecuentes y comenzamos una amistad que, en principio, no parecía tener otros propósitos.

La «casita cayéndose» que ocupaba en La Ciénaga no era, pensaba Mercedes, una buena carta de presentación ni siquiera para una relación amistosa. Más perspicaz que su hija, Narcisa Sandoval sospechó de inmediato el enamoramiento y enlazó sus advertencias. El traslado del enamorado a Puerto

Plata dio la oportunidad a Mercedes de hablarle a doña Tila y Eugenio, sus padres de crianza, sobre la presencia de Santiago en su vida. Las coincidencias se encadenaron. Él confiará a una subalterna su relación con una joven oriunda de la provincia y mencionará al matrimonio que la había acogido como a una hija. No bien concluyó de hablar, la joven exclamó: «¡Doña Tila es mi tía!». Acababa de establecer un nuevo puente con Mercedes.

El tiempo dará la razón a Narcisa y a doña Tila: la amistad se convertirá en convivencia y dará un fruto: Odalis.

— A él lo quise mucho, aunque no vivimos nunca como pareja formal. Cuando nació nuestro hijo, compró una mejora para que el niño y yo misma tuviéramos un lugar propio, que es donde aún vivo. Debo reconocer que ha sido siempre muy responsable con Odalis y eso permitió el amor entre ellos. La verdad es que se quieren mucho.

La relación terminará muchos años después por razones a las que el tiempo quitó importancia. Mercedes no se detendrá a llorar. Mirará a su alrededor y encontrará mil y una razones para disfrutar la vida y seguir construyendo su destino. Curada la herida sin dejar cicatrices, volverá a enamorarse.

—Tiempo después apareció otra persona en mi vida. Llegó muy enamorado, pero ¿sabes qué?, se puede llegar muy enamorado a la relación, pero en el proceso, por hache

o por erre, las cosas cambian. Las relaciones son muy delicadas. Siendo sincera conmigo misma digo que fue él quien terminó. Una sabe cuándo los hombres comienzan a «patalear» con la intención de provocar la ruptura y de que sea la mujer quien aparezca como responsable de la decisión. Son quienes crean las condiciones para que suceda. Y eso fue lo que pasó en este caso.

Sin afición ninguna por el mundo doméstico, Mercedes ni podía ni quería asumirse como la mujer tradicional, preocupada solo por lo habitual y sus menudencias. Salía temprano y llegaba tarde en las noches, cansada del trajín gremial y con la agenda abierta para anotar nuevas tareas que la llevaban de un rincón a otro del país. En ocasiones podía desvelarse ocupada en buscar la solución adecuada para el problema, con frecuencia insidioso, que había ocupado las horas de su día.

—Tuve la dicha de que mientras estaba en esos afanes, mi mamá cuidaba de mi hijo. Nunca pude atender una casa, porque es una actividad muy demandante. Esa nueva pareja planteaba exigencias que yo no podía satisfacer. Mi mente estaba en otra cosa, en el gremialismo. Me decía: «Te respeto, te quiero, eres una mujer de grandes valores», como si quisiera encontrar una justificación anticipada a lo que sobrevendría después. Pero lo entiendo. Yo no sabía cocinar un buen pollo, unas buenas habichuelas, hacer una buena sopa, como incluso lo deseaba. Y él, lamentablemente, esperaba que yo hiciera estas cosas. Tenía un déficit real y él «se me mandó».

Residente en el extranjero, al conocer a Mercedes se convirtió en viajero de estancias prolongadas y, confundiendo el deseo con la realidad, se hizo a la idea de que podía cambiar el curso de su vida. Le pidió bajar de peso, maquillarse, enfocarse en su apariencia. La frustración de su pretensión de artífice de una nueva mujer comenzó a zapar lo que pensó sólido. La intermitencia de los encuentros haría el resto.

Mercedes ha vivido soltando lastres y se ha vuelto hábil en el mantenimiento de su barco en la línea de flotación. Quizá porque navega ligera, evoca este momento de su vida con una amplia sonrisa ensanchándole el rostro. Prolonga las sílabas cuando repite «se me mandó» y hace aparecer en el imaginario de quien la escucha la estampa del hombre innominado marchándose presuroso. Cosas de la cultura masculina reacia a aceptar, aún hoy, que el mundo no es como era antes. Que las relaciones, para durar y perdurar, exigen el equilibrio de intereses, la armonía del acuerdo. La afirmación de las identidades.

—No me arrepiento de no haber respondido como él esperaba. Hacerlo significaba fracasar en mis propios proyectos de vida. Tenía entonces un compromiso muy consistente con el CDP. Cuando te dan ese reiterado voto de confianza que tuve, no me lucía hacerles una mala jugada a los periodistas. Continúe con mis compromisos, pero estoy consciente de que eso me costó la relación.

Medio en broma, medio en serio, proclama su esperanza de volver a encontrar el amor. No quiere a la soledad instalada en lo que le queda de vida. Sabe que en su futuro inmediato no estará el hijo por quien se desvive; que un día no muy lejano él escribirá su propia historia y formará su familia. Lo repite con insistencia: la soledad es triste, no la quiere. Por eso, aunque no se impacienta, espera que el amor toque otra vez la puerta y, cuando entre, se quede para siempre.

Balance provisional

Ynalda Mercedes Castillo Sandoval dedicó más de tres décadas al gremialismo. Día tras día, fue dejando atrás a la joven mujer que, en los albores de los años noventa, pisó por primera vez el antiguo local del Colegio Dominicano, no con la idea de dirigirlo nunca, sino de aportar en el área de la documentación, en la que adquirió experiencia práctica y teórica en el centro especializado de la Escuela de Periodismo cuando todavía era estudiante.

Esta vez está decidida a no dejarse cautivar por los ofrecimientos electorales que pudieran hacerle desde el Movimiento Marcelino Vega, al que está umbilicalmente ligada. Ha llegado su momento de decir adiós al activismo sin horario ni tiempo en el que se mantuvo inmersa hasta que en octubre de 2021 entregó el mando a su entrañable amigo Aurelio Henríquez. En la casa de un barrio del municipio Santo Domingo Este, teje días más sosegados, ajenos a las tensiones ocasionadas por la función directiva de un colectivo que, por las condiciones de su oficio, exige respuestas no siempre posibles.

Junto a Odalis, su hijo, se sienta frente al televisor y visiona una serie o una película. Comenta un episodio, enjuicia la actuación de los actores. Ríe de lo hilarante y se aflige con el drama. Los domingos a veces disputa cariñosamente con él

qué música llenará las horas de ambos. Él se inclina por el rock, ella por la balada. Al final, uno de los dos cede. Dos mundos generacionales que terminan encontrándose en el amor.

Quizá ahora dedique más tiempo a desarrollar los proyectos propios relegados, una y otra vez, por la anteposición de los gremiales. Ha adquirido la madurez y experiencia suficientes para gestionarlos con éxito, no ya económico, que no predomina, sino profesional y social. No por azar la revista que edita desde hace muchos años lleva el nombre de Civismo Magazine. Desde la primera hasta la última página, la publicación convoca a la sociedad a mejores formas de convivencia nutridas, indefectiblemente, de los valores de la justicia, la tolerancia, la libertad y el respeto a la diferencia. Como no podía ser de otro modo, la visión conceptual del periodismo goza de espacio privilegiado en Civismo Magazine. A través de los artículos que publica en calidad de directora, Mercedes prolonga el magisterio ejercido en las aulas universitarias. Su didáctica es la del compromiso ético.

En diciembre de 2022 estaba en fase de edición un libro que recopila sus reflexiones sobre los más agudos problemas de la sociedad que mira con ojo crítico, publicadas en los principales medios nacionales y digitales de los que ha sido articulista. También para esa fecha comenzaba a tomar forma un segundo libro.

Comunicación y Civismo

ejes fundamentales de la sociedad

Prologado por el maestro de periodismo, Dr. Onofre de la Rosa
PhD en Educación Superior



Mercedes Castillo

Portada de libro *Comunicación y civismo. Ejes fundamentales de la sociedad*
de la autoría de Mercedes Castillo.

Mira hacia atrás y no se arrepiente de ninguna de sus opciones ni siquiera de las que tuvieron resultados indeseables. La vida es un desafío y hay que apostar a ganar, aunque no siempre se logre.

—En 1995 mi mamá me dijo algo que jamás he olvidado. Me lo dijo como advertencia cuando gané por primera vez la presidencia del CDP: «Que no se te suban los humos a la cabeza y comiences a ver a tus hermanos, a tu familia y a tu gente por encima del hombro». Le inquirí por qué me lo decía, puesto que jamás he sido así, y me respondió: «Para que no lo hagas». Tengo esta advertencia grabada en la mente y la escucho en su voz todos los días; la veo a ella en cada cosa que hago. No creo traicionarla cuando reconozco que he aportado mi granito de arena al periodismo dominicano.

Se ve a sí misma en aquellos comienzos cumpliendo la encomienda de procurar la inscripción de los periodistas en el seguro médico, midiendo con un tipómetro las pulgadas de publicidad publicada por los medios y calculando, para evitar el escamoteo, cuánto debía ingresar al CDP por el porcentaje de la facturación publicitaria acordado en la Ley 10-91.

Así fue ganando la confianza de quienes por fuerza reconocerían su entrega y valorarían la eficiencia de su trabajo; llamando la atención de otras mujeres que, en el proceso de su formación y crecimiento, la desafiaron a probarse. Concitando el apoyo casi dogmático de una militancia afín a sus ideas; una

militancia que en cada ocasión en que se lo propuso, allanó su camino a las urnas y lo despejó de la maleza sembrada por la parte levantisca de la organización.

—Estoy satisfecha de mi aportación a mi sector profesional y muy agradecida del apoyo recibido. Puedo decir que la inmensa mayoría de los periodistas me ha aceptado, me ha valorado, al punto de que, cuando anuncié mi decisión de no volver a presentarme más, muchos trataron de disuadirme asegurándome que reeditarían mis triunfos anteriores. Pero no, ya está bueno. El dirigente debe saber cuándo retirarse. Sí, estoy muy agradecida del sector porque siendo mujer, negra y pobre, sin abolengo, los periodistas valoraron mi trabajo en el CDP. A mí se me quiere y se me respeta. Me lo he ganado. Me contenta haberle servido a mi clase, a mi institución, porque soy periodista por vocación y por formación.

En su cuaderno de bitácora se lleva los apuntes de media vida absorbida por el gremialismo. En alguna de sus páginas habrá una anotación íntima sobre los relegados intereses de mujer joven y vital que quizá lea con nostalgia, aunque no es seguro que así sea. En sus noches, cuando la rodea el silencio, en su memoria deben resonar los aplausos de sus colegas al momento del favorable conteo de las urnas. En sus sueños, se verá recorriendo los caminos que la llevaron a encontrarse y reencontrarse, una y otra vez, con los periodistas de todos los rincones del país. Esos que la respaldaron y formaron barrera contra los prejuicios, las

críticas, en ocasiones crueles, utilizadas como armas de campaña porque encontraron en ella a la dirigente que les daba voz. Con más tiempo disponible para darle un nuevo y más sostenido impulso a sus proyectos profesionales.

Sobre la mesa reposan numerosas placas y pergaminos que saludan a la dirigente, a la maestra, a la munícipe, a la organizadora y atestiguan el valor de su presencia en la sociedad dominicana de los últimos treinta años. Todavía en su estuche, pendiendo de una cinta tricolor, la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana que le entregara en marzo de 2022 el Ministerio de la Mujer en el reglón Periodismo. Quizá no sea la distinción definitiva. Tal vez todavía falten otras que esperan su momento, pero esta medalla es el epítome de todos sus logros. Cuando el presidente Luis Abinader la puso sobre su pecho, Ynalda Mercedes Castillo Sandoval levantó los ojos para otear el horizonte y vio a la niña nacida en el paupérrimo bohío de Narcisa y Modesto correr sin detenerse hasta subir al escenario. La miró con dulzura y, entonces, sonrió.



Mercedes recibiendo la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana en la categoría Periodismo.



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

ISBN: 978-9945-9342-8-1



9 789945 934281